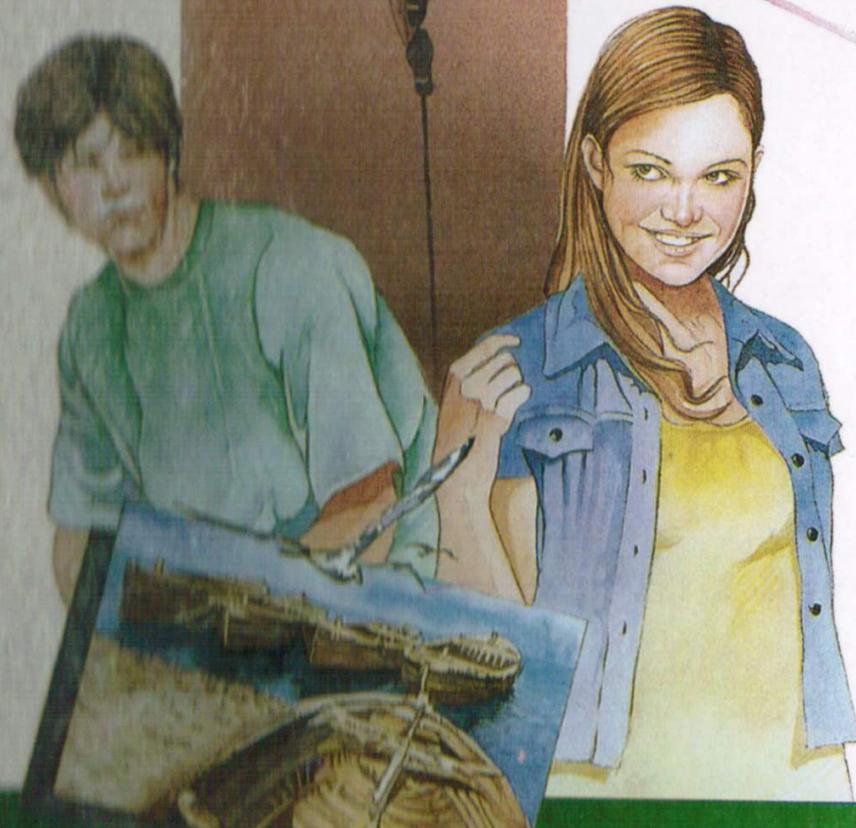
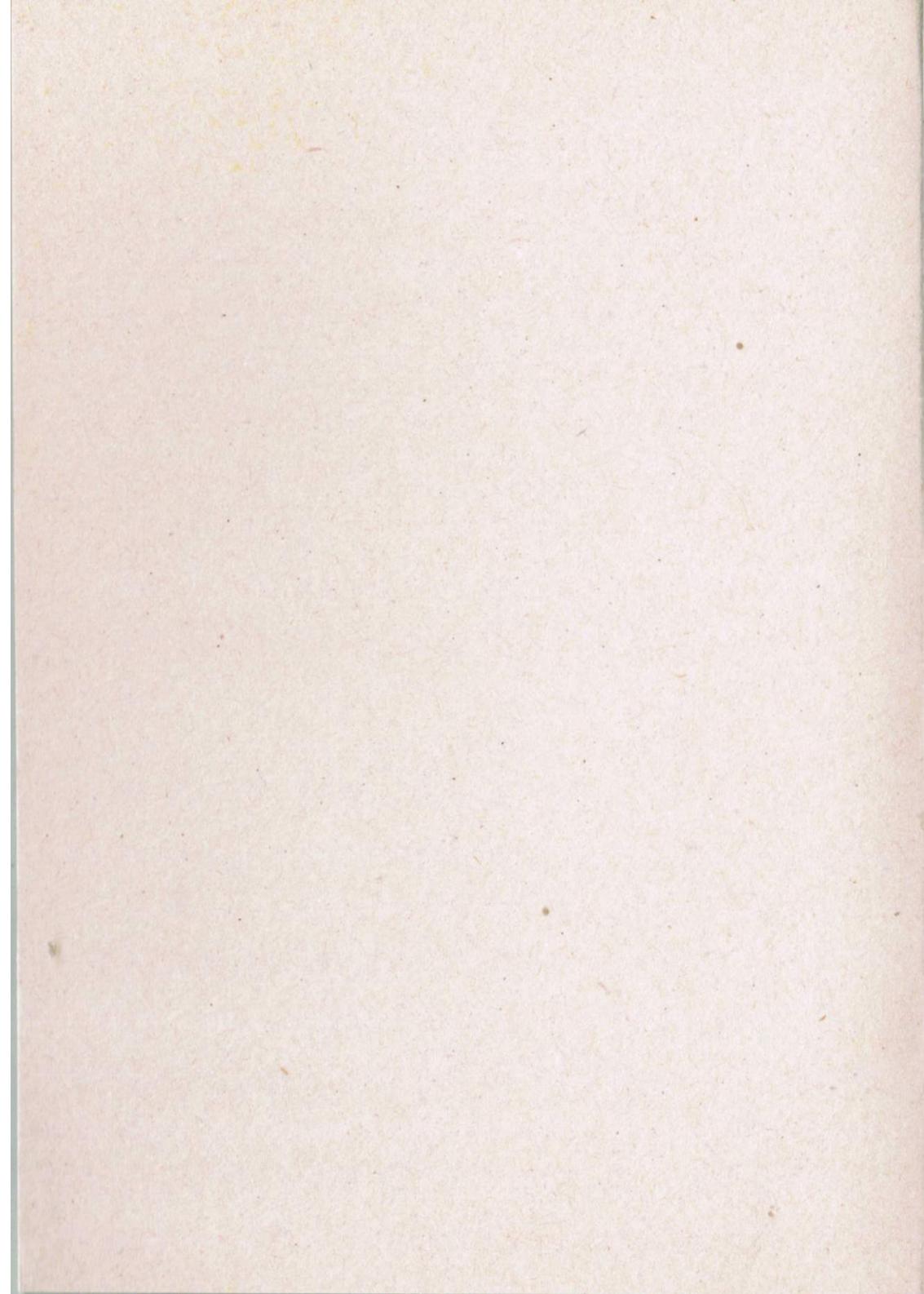


José Luis Rosasco

FRANCISCA, YO TE AMO





<i>José Luis Rosasco</i>	11
I El umbral	15
II La primera visión: en la lancha	21
III La segunda visión: en el casino	29
IV La tercera visión y el conocimiento: en la caleta	37
V En la casa de Francisca	47
VI El amor de Francisca	57
VII En la fogata	61
VIII La noche veneciana	67
IX La gran velada, los juegos	75
X La decisión y la amenaza	87
XI Hacia Francisca en el circo	95
XII En el circo	101
XIII Cae el telón	107
Epílogo	111
<i>Guía de trabajo</i>	115

JOSÉ LUIS ROSASCO

JOSÉ LUIS ROSASCO nació en Santiago de Chile en 1935. Estudió en el Saint George's College, en el Liceo Miguel Luis Amunátegui, Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y en el Management Institute de la Universidad de Nueva York, NYU. Paralelamente a su trabajo creativo se desempeña como columnista, comentarista y crítico literario en diversos medios de prensa y televisión. Ha publicado los libros de cuentos: *Mirar también a los ojos* (1972, Premio Municipal de Santiago), *Ese verano y otros ayer* (1974), *Hoy día es mañana* (1980, Premio Municipal de Santiago), la narración *El intercesor* (1976), las novelas: *Dónde estás, Constanza...* (1980, Premio Andrés Bello y Municipal de Santiago), *Tiempo para crecer* (1982), *El Metrogoldin* (1984), *Francisca, yo te amo* (1988), *Historias de amor y adolescencia* (1990), *Sandra y la que vino del mar* (1993) y las crónicas: *Travesuras antifeministas y otras pilatunadas* (1983), *Chile, en palabras e imágenes* (1987), *La vuelta al mundo* (1987) y *Pascua, la isla más isla del mundo* (1988).

Obras de Rosasco figuran en diversas antologías nacionales y extranjeras y han sido traducidas al inglés.

A través de algunos de los comentarios sobre las novelas y cuentos que ha publicado, podemos conocer algo más las obras de José Luis Rosasco. Así, cuando en 1972 publicó un volumen de cuentos titulado *Mirar tam-*

bién a los ojos, Virginia Vidal se refirió a este conjunto de relatos destacando las "inagotables reservas de ternura y humor" que poseía el autor "para crear sus cuentos". Y continuaba: "Un lenguaje fluido, el dominio de la técnica del cuento, la nítida creación de determinados tipos convierten a este joven escritor en un nuevo valor de nuestras letras".

Años más tarde, el escritor Carlos Ruiz-Tagle comentó otro de los libros de cuentos de Rosasco, *Hoy día es mañana*, deteniéndose especialmente en uno de ellos, *La fotografía*, y en su protagonista, un "adolescente sensible que ha inventado Rosasco, y que perdurará en el tiempo como sólo lo consiguen los personajes de los cuentos escritos hoy día, para mañana y para siempre".

En 1980 José Luis Rosasco obtuvo el Premio de Novela Andrés Bello con su obra *Donde estás, Constanza...*, con innumerables ediciones. Refiriéndose a esta novela, Guillermo Blanco escribió: "De principio a fin, un toque de misterio rodea a Constanza. Se la descubre como desde lejos en sus primeras apariciones. Después se la oye hablar, se la mira actuar, pero algo queda en la penumbra. Para Alex y para el lector. Y ese algo, que pica la curiosidad, confiere al libro un aire que bordea sutilmente lo mágico".

Por su parte, Jaime Quezada opinaba, también respecto a dicha obra: "La novela de Rosasco reconstituye una época: muchachos que admiran a una Ingrid Bergman, a una Jané Russell, a una Maureen O'Hara. Muchachos que fuman los desagradables cigarrillos Jockey Club en las horas de las clases de gimnasia. Muchachos que se peinan con gomina Vanka para lucir mejor en sus fiestas de fin de semana. Pero no sólo estos elementos exteriores importan en esta breve obra. También, y de manera principal, las situaciones de relaciones familiares y de cómo el amor hace crecer interiormente a los adolescentes personajes".

También el crítico Ignacio Valente comentó esta novela:

"Alex —escribe— se ve arrastrado por el torbellino casi mitológico de Constanza, en una aventura tan libresca como verosímil, y adolescente hasta un grado arquetípico. La trama es llevada con hábil conducción hasta el desenlace que combina, con una mezcla de buena ley, lo trágico y lo cómico, lo tierno y lo humorístico, lo patético y lo trivial".

Y en 1982, Floridor Pérez escribía sobre una nueva novela de José Luis Rosasco: "*Tiempo para crecer* —decía— constituye una culminación previsible en la evolución de este autor. La novela de la vida estudiantil, donde sueños, conflictos, amores, proyectos individuales se funden en las aulas de un colegio tradicional santiaguino, conformando una visión generacional del "advenimiento del despertar" en personajes llenos de vitalidad, de verdad humana". Y el comentarista finalizaba su análisis resumiendo: "Novela del humor y la ternura, de la amistad y el riesgo, del sueño y la pesadilla. *Tiempo para crecer* extiende certificado de madurez a uno de nuestros más interesantes narradores actuales".

El Metrogoldin, aparecida en 1984, fue destacada por Manuel Peña como una obra que "cumple con los requisitos que debe tener una buena novela para jóvenes: entretener a la juventud y también a los adultos. Y esto ocurre —continuaba Peña— porque Rosasco sabe entregar, a través de unas páginas amenísimas, mucha diversión, un optimismo a toda prueba, una corriente sentimental, un humor cómplice y, sobre todo, algo muy necesario en esta época: mucha ternura".

Durante algunos años, José Luis Rosasco se dedicó a las crónicas hasta que en 1988 publicó una nueva novela: *Francisca, yo te amo*. Y el crítico Luis Vargas Saavedra celebró este regreso: Rosasco, dice, "ha vuelto a escribir

una historia de amor. Parece ser su mejor veta, el eje de su fuerza... Narra adecuándose a la edad y a la madurez del muchacho, que se nos confiesa en primera persona. Nada de recurrir al fetichismo de los símbolos como garantía de excelencia. Muy concreto lo suyo: Quintero, con todos sus recovecos, sugeridos más que agotados en descripciones que fastidiarían como una crueldad del detalle... Dos jóvenes amigos buscan amigas. Lo portentoso es que Rosasco no haya caído en la distorsión del amor, animalizado o, peor que eso, satanizado en mero sexo, en sólo sexo. Es decir, sus personajes no han perdido la atmósfera transparente del amor como entrega de un ser a otro”.

Sandra y la que vino del mar (1993), a juicio de Hugo Montes, es una novela de gran fantasía, de pura fantasía, escribe, destaca en ella su buen estilo para concluir que “Rosasco se ha empinado sobre sí mismo con la hondura exigible a cualquier escritor de verdad”. Por su parte, Eduardo Guerrero señala: “Una novela breve, sin mayores complejidades narrativas, llena de recuerdos y evocaciones, con un sutil juego entre lo real y lo fantástico en lo cual Rosasco utiliza un sencillo pero a la vez lírico lenguaje”.

La niña Azul (1997), hace decir a la académica Susana Burotto que el desarrollo dramático se resuelve por el lado de la ternura y que “el amor triunfa siempre en el plano de los sueños y del espíritu y es entonces un elemento narrativo que mantiene su reserva inagotable a través del tiempo: no se desgasta, no se envilece, no se destruye”.

En palabras de Manuel Peña: “todas las narraciones de Rosasco tienen un carácter nostálgico, evocador y poético; son relatos para jóvenes y también para adultos, son alegres y también melancólicos”.

No podía haberme imaginado jamás que ese verano iba a ser distinto. Tan distinto.

La casa estaría allí mirando, hacia abajo, la Playa de las Conchitas y, al frente, la quieta bahía azul. Era hermosa nuestra casa, entre eucaliptos y sicomoros, con su primer piso de piedra canteada, la aparente fragilidad de los altos de tablas de pino y su techumbre de tejuelas de alerce oscuras y levantiscas. Pintadas de blanco las maderas tingladas y las franjas de cemento que unían las piedras con un brochazo errático, y de azul las ventanas y los postigos. Era muy fría, sobre todo cuando la neblina desmadejaba sobre Quintero un manto denso y abrazador, y por cierto durante las noches. La sala de estar y el comedor conformaban un solo gran ámbito presidido por una chimenea que iba de muro a muro. Sin embargo, de ese fogón no podía esperarse una temperatura satisfactoria; el tiraje era excesivo, se llevaba consigo buena parte de la calidez y, además, no siempre era posible estirar el presupuesto para disponer generosamente de leña. Teníamos que cuidarla, hacerla durar. La tía Olga, menos friolenta que mi madre, se encargaba de racionar los troncos y enviarnos a la cama si después de comida nos hacíamos los demorosos frente a la chimenea. “Si quieren calentarse, a acostarse”, nos decía. Claro está que no era lo mismo ponerse a conversar arriba, tapados y a oscuras, que hacerlo ante las llamas que

bailaban en sus juegos de luz y movimiento, donde de vez en cuando hasta podíamos tomarnos el concho de alguna botella de pisco reservada a mi padre.

Ese año llegamos a la estación de Quintero al atardecer. Como siempre, hicimos trasbordo en el ramal de San Pedro, después de tres horas de viaje desde Santiago. Ahí estaban a la espera la pequeña y negra locomotora a carbón y sus dos o tres carros azules, antiquísimos, desvencijados, venidos algún día directamente de la *belle époque* a traquetear aquí, en la costa de *finis terrae*, con sus coloridas ventanucas de *vitreaux*, sus farolitos acampanados y el cielo de semibóveda ribeteado de una reiterada flor de lis.

El trasbordo era cosa harto turbulenta. Los pasajeros que iban a Quintero excedían sobradamente la capacidad del par de carros, y éstos eran abordados por un gentío que luchaba frenético por conseguir un asiento. Llevábamos varias maletas y, llenos a reventar, aquellos sacos de lona que durante la víspera habíamos ayudado a coser con esas agujas largas y gruesas, las ojo de buey. Con mi amigo Jaime Pino usaríamos ahora esos bultos como corazas y armas abrecamino.

Al rato, íbamos ya por la trocha angosta hacia Quintero, y en la fugitiva delantera se nos aparecía, en los recodos, la locomotora: briosa, su penacho negro dibujando volutas en el aire, oscuras estelas en el viento.

—Cierren las ventanas, niños, nos estamos llenando de hollín —es mi madre quien habla, mientras se cubre la cabeza con un pañuelo.

De pronto el tren disminuye la velocidad hasta detenerse. La vía férrea presenta tramos cubiertos de arena; las dunas posan sobre los rieles el ribete de su falda y es necesario remover el obstáculo a fuerza de lentas paladas. El cansancio nos invade.

Jaime dormita y yo recuerdo a Marion Cordingley. La veré otra vez este año, quizá mañana mismo, y entonces

sí acaso me atreveré. Si no me encuentro con ella en la Playa del Papagayo, de seguro estará en la tarde en la terraza del Hotel Yachting, para el bailoteo. También podría ir hasta su casa, pero ya conversé sobre esto con Jaime y su consejo me pareció, como de costumbre, muy sabio:

—No conviene demostrar demasiado interés, hombre, las mujeres se empachan si uno se pone hostigoso.

Claro que si me ando con mucho tiempo, como el verano pasado, me puedo ir otra vez en banda. ¡Bien lucido estaría! Tengo, pues, que aprovechar el mes de enero, porque en la primera semana de febrero nos vamos con mi amigo al campo de sus padres en el Norte Chico, a Monte Patria. Ahí la cosa es distinta, no hay mucho ganado femenino en los alrededores, sólo algunas poquitas *champions* de los fundos cercanos, las que siempre están colocadas cuando llegamos. No hay dónde elegir a gusto, salvo que se pegue uno el viaje hasta Tongoy, pero ése es otro cuento.

—¡Niño, estás durmiendo despierto! Empieza a bajar algunos bultos, que vamos llegando.

Es la voz de mi tía Olga que nos empuja. El carro es invadido por esa inquietud alerta que precede a las llegadas. El tren avanza en línea recta, cada vez más lento, atravesando el sector de las primeras urbanizaciones. A pesar de que el crepúsculo está encima, se distinguen varios bañistas rezagados regresando a las casas o residenciales. Se los divisa embozados en sus toallas, traspasados de frío. Corre un viento que levanta polvaredas del camino y mece los árboles, agitóndoles las copas con enviones vigorosos. Es la ventolera quinterana que, según una arraigada convicción muy contradicha por la realidad, sólo dura tres días. Ojalá hayamos llegado en su última jornada y no en la primera. La locomotora entra bufando al tramo que antecede a la estación. Por la derecha las luces de la calle

del comercio empiezan a encenderse; también las bujías multicolores de los juegos irradian su luminosidad. Los primeros apostadores de lotería se arriman al mesón y en el tiro al blanco ya son requeridos los rifles a plumilla, indudablemente chuecones de caño; un niño tira las argollas, una tras otra, sin embocar ni una en el gollete. Desde los parlantes, la voz de Danny Kaye: *C'est si bon...*

La máquina libera su final estertor.

El trayecto hasta nuestra casa es largo y, aunque asciende progresivamente, no deja de ser muy cansador después de más de cinco horas en tren. Una vez que el mozo de equipaje descarga de su carro la totalidad de los bultos y maletas, mi madre saca el llaverón. Porfía un tanto con la cerradura. La puerta se abre. Un postigo, que con la ayuda del viento se la ha ganado a su picaporte, se bate arriba, azotándose intermitentemente. Una humedad añeja y helada nos recibe en el interior, los muros de piedra parecen rezumarla.

—Ya, niños: lo primero, hacer sus camas. Nosotras les preparamos un caldo y una sartén de huevos revueltos; será todo por hoy y dense con una piedra en el pecho, que por mí me iría de sopetón a las sábanas.

Así nos dice la tía mientras se afana abriendo los sacos de lona, de los que va extrayendo la ropa de cama con mucho cuidado, porque al centro, muellemente protegidos, vienen los frascos de mermeladas de mora y damasco.

—Anda, sube, Alex, cierra ese postigo, antes de que nos eche la casa abajo —me indica mi madre, entrando en la cocina con un par de paquetes.

Alguien golpea la puerta; es el cuidador que vive en un sitio a la media cuadra y se encarga de vigilar fuera de temporada las casas de las manzanas circundantes.

—¿Cómo lo ha tratado el año, don Pedro? ¿Alguna novedad?

—Todo tranquilo, señora.

—Oye —me dice Jaime—, podríamos darnos una vueltecita.

—¡Están locos! ¡Habrás visto, con todo el verano por delante! —alega mi madre.

Una hora más tarde al silencio de la casa sólo lo interrumpen el viento en los follajes y el rumor del mar y sus rompientes en la Playa de las Conchitas, aunque esos murmullos y esas olas son, a su modo, parte del mismo silencio.

Mi amigo Jaime, el muy perla, que quería darse una vueltecita, se duerme de un zuácate tan pronto apoya la cabeza en su almohada. No alcanzamos a hacer planes para mañana. Sé que a él le gusta su poco la hermana de Marion; ojalá sea más que un poco y funcione por ahí la cosa: la unión hace la fuerza. Claro que él tiene su polola firmeza en Santiago, pero ojos que no ven, corazón que no siente. Enseguida, y hasta quedarme dormido, me puse a pensar en Marion, en sus ojos de avellana, su pelo cobrizo, su figura tan llenita y sus pecas. Sí, hay que ver cómo está punteada de pecas la Marion. Recuerdo que por el escote se le ven avanzar hacia abajo. ¿Será posible que esté entera jaspeadita? Bueno, este verano será para nosotros dos.

¡Ah, ese verano! Cuán lejos estaba aquella noche de intuir siquiera un asomo de lo que iba a tocarme vivir...

II LA PRIMERA VISIÓN: EN LA LANCHA

Han transcurrido años desde entonces y las imágenes no son todas tan claras como desearía. Pero mi memoria registra muchos momentos con precisión y claridad diáfanas. El tiempo se torna, para esas evocaciones, transparente, y el pasado en esos tramos se ilumina como si una luz poderosa lo enfocara desde cerca. No me refiero sólo a los rostros, las situaciones, los lugares y las palabras de la boca, sino también a aquellos otros lenguajes que el alma descifra en los gestos, las inflexiones de la voz, los talantes, las miradas y, por cierto, en los silencios...

La primera vez que la vi, ella iba en una lancha de pescadores. Yo nadaba muy lentamente, de espaldas, desde la Playa del Durazno hacia la Roca de las Gaviotas, donde me esperaban Marion, su hermana Patricia y Jaime.

Sobre la incisiva proa de la embarcación se destacó, de súbito ante mi vista y como una aparición entre el mar y el cielo, la estampa de esa muchacha que me sonreía. Sostenía inmutable la sonrisa en sus labios y me miraba. Estaba viéndola nítidamente. Yo iba más bien flotando que nadando, apenas impulsándome con el aleteo de los pies mientras el escaso movimiento de las manos lo destinaba a mantener mi cabeza y torso sin sumergirse. Esa mañana tenía un sol jubiloso, el cielo le pertenecía enteramente. La embarcación surcaba las aguas con parsimonia, acunada por las ondulaciones leves de la bahía;

el viento había emigrado la noche anterior y, en consecuencia, era calma la respiración del mar. No sé cuánto duró el paso de la lancha al directo alcance de mi vista. Probablemente fue un minuto o un poco más. Cuando desapareció, me quedé flotando sin hacer esfuerzo alguno por avanzar, experimentando una sensación inaugural. Y por un lapso también fue como si la siguiera viendo. Ella tenía el cabello castaño miel, abundante, un haz que continuaba hasta la cintura por un solo lado; no lo prendía con horquillas ni lo sujetaba ninguna cinta, caía nada más, apegándose entre el cuello y el hombro con la más natural sinuosidad. Sus ojos eran grandes, verde esmeralda. Su mirada y su sonrisa tenían un vínculo de belleza inocente, un candor delicado y complaciente que no había visto yo jamás antes y un imán, un extraño imán. No me formulé estas reflexiones durante el paso de la desconocida en la barca, no. Viví esos momentos en una especie de umbral de encantamiento que no dejaba lugar a la razón. Fue más tarde, cuando la vi por segunda vez, que mi mente especuló sobre esos ojos y esa sonrisa. También procuré, más adelante, conversar con Jaime sobre el asunto, aunque ya estaba presintiendo la aspereza de comunicación que iba a suministrarme casi todo lo que se relacionara con ella.

El caso es que esa mañana la lancha se alejó tan lentamente como había aparecido. Lo último que me llamó la atención de la muchacha fueron su vestimenta y su cuerpo. Llevaba una camiseta de algodón, sin mangas, gruesa y ordinaria, de tono anaranjado, vieja y notoriamente desteñida; una prenda similar a las que yo había visto en muchos pescadores de la zona. Sus brazos eran largos, fuertes y bronceados, apoyaba uno sobre el borde de la embarcación y el otro sobre sus rodillas. Como iba en esa suerte de banquillo alto y triangular que remata en la proa, pude también distinguir el corto pantalón de mezclilla del

que nacían sus muslos firmes y torneados. En el cuerpo de la muchacha había una consistencia vigorosa, que advertí no sólo en sus brazos y piernas sino, a la vez, en todo su talante, en su postura, en el asentamiento de la cabeza, en sus pechos que insinuaban en la camiseta dos anchas combas levantiscas.

A los remos, y no parecía muy ducho con ellos, iba un hombre mayor, de pelo corto, parejo y gris. La lancha se distanciaba. Sentí frío. Me puse a nadar de pecho hacia la Roca de las Gaviotas y gané los treinta metros que me separaban de ella con apuro; quería entrar en calor y, acaso inconscientemente, regresar a ese aquí y ahora del que me había enajenado la desconocida.

Un oleaje peligroso embestía la roca con ímpetu irregular, haciendo difícil abordarla, ya que tenía además una escollera con salientes filudos. Era necesario allegarse con cautela, a la espera de alguna marea alta y suave que lo condujese a uno sin violencia. Cuando tal oleaje se produjo, quedé a salvo con medio cuerpo arriba, sobre la roca; Marion me ofreció su mano y al punto estuve sentado junto a mis amigos.

—Tienes los labios morados —me dijo Marion.

—Oh, sí, pero ya entraré en calor —le contesté; tiritaba y quería tomar sol un rato antes de volver al agua.

—No se te quita lo friolento, y es porque eres flaco. Estás más flaco que el año pasado —me miró con cariño y agregó—: y más crecido, sí, mucho más crecido.

—Pero sigue igualito de ganso —acotó Jaime, enlazando a Patricia por los hombros.

—Y tú, igual de fresco —intervino ella—. Ya, suéltame.

—No seas tontita, ¿no vez que es un gesto protector?

Ella se liberó del abrazo con un rápido y esquivo ademán.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Jaime, no sin cierta exasperación—. ¡La intocable!

—Cuando estabas flotando por ahí a medio camino casi me pareció que te habías quedado dormido —me dijo Marion.

—No, estaba nada más soñando.

—¿Qué dices?

—Nada, Marion, nada.

Esa noche, cuando Jaime estaba a punto de quedarse dormido, decidí contarle sobre mi visión.

—¿Sabes? —le dije—, en la mañana vi a una chiquilla en la Playa del Durazno.

—¡Una! Había cientos...

—Es que ésta, mira, quiero hablarte de ésta que te digo. ¡Era tan bonita!

—Siempre hay muchas requete buenas en el Durazno, hombre, y nosotros, par de tarados, perdiendo el tiempo con las hermanitas Cordingley.

—Escúchame, Jaime.

—Sí, dale, pero antes dime: ¿qué se cree Patricia? ¿Que tengo lepra? No le voy a dar muchas más oportunidades, por algo me parezco a Tirone Power y...

—Jaime.

—Sí, hombre.

—No puedes imaginarte cómo es la niña que vi en la mañana, no podrías tener la menor idea.

—Ya, ya. ¿Le hablaste?

—No, sólo la vi.

—Pajarón, no tienes remedio.

—Pero es que es muy difícil de explicar; porque...

Hasta ahí no más llegué con la frase; no sería posible comunicarle a Jaime lo que me había sucedido si ni yo mismo era capaz de comprenderlo. Parece que algo en el tono de mi voz hizo reaccionar a mi amigo: se incorporó

en la cama, encendió la lámpara del velador y me miró atentamente.

—Vaya, vaya, te *tocó* de veras, ¿ah? —hablaba en voz baja y con repentina seriedad, cosa que agradecí para mis adentros.

—Podríamos estar ante un caso flagrante de amor a primera vista —continuó—. Mañana la verás otra vez y le hablaremos.

—Suponte que no la encontremos.

—Nadie se hace humo aquí, hombre, todo el mundo anda por las mismas partes, todos se encuentran y reencontran.

Jaime tenía razón. Pero no en este caso. No vi al día siguiente a mi desconocida. Ni al subsiguiente. Y su imagen arraigada en mi mente no abandonaba su lugar; por el contrario, crecía allí, nutriendo mis deseos de volver a verla.

Mi amigo empezó a fatigarse con lo que llamaba mi obsesión.

—Eso es lo que es, hombre, una obsesión paranoica, una fijación muy enfermiza.

—Dijiste que podría ser amor a primera vista, según recuerdo —me defendí.

—¡Ah, no! Ya no pienso eso, he cambiado el diagnóstico. ¿Sabes por qué? Escucha, el amor a primera vista es recíproco, siempre agarra a la pareja, a los dos por igual, y esta chiquilla, si es que existe y no es una alucinación tuya, no hace nada por dejarse ver otra vez, no le pone ni pizca de empeño, lo cual indica que tú le importas un reverendo cuete.

Asentí en silencio. Yo había conseguido con mi amigo que anduviéramos esos días de un lado para otro, con cualquier pretexto, procurando así que se produjese mi ansiado reencuentro. Patiperreamos por todas las playas

desde la costanera que nace en el Durazno. Desde el Papagayo hasta más allá de la Puntilla de Sanfuentes, por las rocas y los cerros, fuimos a las dunas y a los bosques de Loncura, y caminamos entero el arco que va desde la Base Aérea hasta el balneario de Ventanas, al otro extremo de la bahía. Al atardecer estuvimos los primeros en la terraza del Yachting, cuando no en la nueva boite El Caleuche, y también recorrimos los juegos frente a la estación. Y nada. Mi desconocida parecía haberse esfumado de Quintero.

A casi todos los paseos íbamos con las hermanas Cordingley. Ellas no se explicaban esta desatada compulsión turística nuestra, pero no ponían objeciones; eran atléticas las Cordingley, de otro modo nos habrían parado el carro qué rató. Patricia estaba algo más permisiva con Jaime, lo cual jugó en mi contra porque mi amigo quiso ya jornadas más quietas.

—Las tenemos a punto a estas hermanitas, hombre, cortémosla con tu pesquisa andariega, pongámonos sedentarios. Mira que nadie puede atracar el bote con tanto movimiento.

—Sólo nos queda un sitio donde no hemos ido —argumenté.

—¡Córtala!

—Uno solo, Jaime.

—Bueno, bueno...

—Pero está un pocón lejos.

—Ya, dale.

—Horcones.

—¡Horcones! Estás loco, Alex, ahí hay puros pescadores. Es una caleta, tú sabes, y tendríamos que arrendar caballos para llegar allí.

—A las Cordingley les encantaría el paseo.

—Basta —me miró fijamente—. A ver, a ver, hombre. ¿No será tu chiquilla hija de pescadores?

Como no le respondiera, insistió:

—Sí o no.

—Podría ser —le dije—, podría ser.

Entre resignado y comprensivo, Jaime asintió.

—Está bien —dijo—, iremos.

Pero no iba a ser necesario.



III LA SEGUNDA VISIÓN: EN EL CASINO

Esa noche cenamos más temprano que de costumbre en casa. Mi madre había preparado una paella a la chilena que estaba de desollarse los dedos. Bendito guiso que tiene en común con todas las paellas el no esperar: hay que comerlo a punto y el punto lo pone él.

Jaime y yo estábamos gáreteados para esa noche porque el papá de las Cordingley había llegado de Santiago ese mismo día en la tarde, lo cual suscitó en nosotros la generosidad de cederle la compañía de sus hijas.

—Han estado ustedes muy flojones este año para la pesca y el marisqueo —hizo notar la tía Olga—. Hemos tenido que comprar todos los ingredientes de la paella; no nos han traído siquiera un par de locos o machas.

—Es que estamos dedicados a pescas mayores —saltó Jaime.

—No me cabe duda —opinó mi madre—, y parece que es en familia la cosa.

—Ah, claro, ya me lo había imaginado yo —intercaló la tía—; pero digan quién es de quién.

—Las intercambiamos para no aburrirnos —saltó Jaime con una carcajada contagiosa.

Después del postre, Jaime me llamó a un lado y me dijo en voz baja:

—Tenemos que conversar, y como estas señoras están un poco intrusas y uno tiene que ser respetuoso, más vale que nos vayamos a otra parte.

Estuve de acuerdo.

—Vamos a un lugar diferente, donde no nos topemos con gente conocida; pienso en el casino del Papagayo.

Una buena ocurrencia. Ese casino era un establecimiento que tenía su especie de doble vida. Durante el día funcionaba como restaurante, vendiendo al mesón bebidas, helados y empanadas de mariscos para la muchachada mientras los mayores se sentaban a jugar a los dados o a las cartas, tomando pisco sour o vainas ajerezadas.

Alrededor de las diez de la noche el lugar experimentaba una transfiguración: adquiría aires de ordinaria quinta de recreo. Se reunían allí a beber, comer y bailar grupos diversos integrados por pescadores, empleadas domésticas, reclutas de la Base Aérea y de la Gobernación del puerto, mozas de comercio, trabajadores, hombres que llegaban sin pareja y muchachas con las que era posible poner fin a esa situación. Y también gente de trigos no muy limpios; sí, era un sitio donde concurrían tanto sencillas familias en plan de alegre celebración como torvos contrabandistas y una que otra prostituta.

Cerca de la medianoche el casino del Papagayo despedía olores de fritanga y vinos ácidos. Su interior, conformado por una sola gran galería vidriada, tenía por fondo un tramo del cerro rocoso, contrafuerte de la playa, y al frente, las arenas y el mar. Era una construcción de traza frágil y ligera que, allegándose a las aguas, extendía una superficie de tablonés asentados en pilares de concreto, de modo que durante las mareas altas se estaba ahí como sobre una balsa estática.

Jaime y yo escuchamos la música rítmica y estridente del casino tan pronto empezamos a bajar por las gradas de la Playa del Papagayo.

—De lo que quiero hablarte es de Patricia, como supondrás —me decía Jaime.

—No tenía la menor sospecha —le contesté—, se ven ustedes de lo más bien, sin asomo de problemas.

—Por lo mismo, hombre, tú sabes que yo en Santiago tengo mi...

—Pero, Jaime —lo interrumpí—, no me vas a decir que tú sufres de monogamia aguda.

—El problema es que...

—No hay problema alguno —me envalentoné—. Las Cordingley viven en Valparaíso, así que puedes escribirte con Patricia y nadie va a soltar el soplo, y si de vez en cuando te pegas el viaje al puerto, nadie te sapeará. Qué te pasa, hombre, acuérdate de tu parecido a Tyrone Power.

Jaime movía la cabeza de un lado al otro.

—Mira —continué—, el año pasado yo le escribí a Marion desde Santiago, y si bien yo no tenía polola fija, me di cuenta de que sería posible —dado el caso, claro— tener de a dos.

—No te diste cuenta de nada, Alex, porque ésa era una pura especulación. La conciencia, sabes, es una voz muy requete jodida y, además, Marion ni siquiera te contestó... Según me acuerdo, hasta te declaraste por carta —¡el muy quedado!— y ahora te las quieres dar de sietemachos.

Guardé silencio.

—En fin —continuó él—, ya me explicaré ante un par de cervezas.

Entramos por la terraza hacia el interior del casino; como aún no era muy tarde, quedaban varias mesas libres. Nos ubicamos en la más alejada de los parlantes, que atronaban un mambo. Jaime reanudó la conversación, adoptando un tono reflexivo, grave.

—Lo que ocurre, Alex, es que cuando uno siente de veras, siente en serio, no se puede estar con dos a la vez, no se puede jugar. Es simplemente así, lo cual significa

que en el fondo somos monógamos. Somos cautivados por una fuerza que nos lleva en una sola dirección y hacia una sola persona, y todo lo demás, todas las demás pierden su sentido....

Se acercó un mozo y ordenamos un par de potrillos.

Cuando regresó el mozo con los vasos rebasando espuma, Jaime todavía seguía con su discurso. Y yo, que al principio lo escuché con atención, empecé a distraerme observando a mi alrededor sin que él advirtiera mi desinterés. Mi amigo tenía a veces la mala costumbre de ponerse a dictar cátedra como el viejo más experimentado.

Entonces, de pronto, la vi.

Tres mesas más allá, hacia la salida, estaba ella. Podía contemplarla claramente; los parroquianos situados entre ella y nosotros no se interponían y los cilindros de neón apegados al cielo del casino alumbraban todo el ámbito. Era ella otra vez, con sus largos cabellos castaño miel y sus grandes ojos esmeralda, y esa sonrisa fija y sólidamente ingenua que le imprimía a la boca una tenue pero notoria curvatura hacia arriba, quedándose prendida en las comisuras.

—¡Hey, Alex! —Jaime me desconectó bruscamente de mi estado de absoluta contemplación—. Oye, ¿qué te pasa? ¿Comprendes ahora lo que te digo?

—Ella está aquí —musité.

—¿Qué dices? Habla como hombre, ¿qué te pasa?

—Es ella, está aquí —le respondí ahora con claridad.

—Pues, fantástico. ¡Salud! Es tu oportunidad, ya le hablaremos o la sacas a bailar, eso es.

Tuve que apretar con firmeza la oreja de mi jarra para que el temblor de mis manos no se hiciera ostensible.

—No, Jaime, ahora no, no quiero hacer nada.

—Te has vuelto loco tú; hemos trotado durante tres días de un lado para otro buscando a esta chiquilla y sales con que vas a desaprovechar la ocasión.

—Te lo digo en serio.

—Estás malo de la cabeza. A ver, ¿dónde está? ¿Cuál es?

Se la señalé.

En esos momentos ella y el mismo hombre de pelo gris corto con quien iba aquella mañana en la embarcación se habían puesto de pie y avanzaban hacia la pista de baile. En su mesa quedó una pareja formada por una mujer mayor y un muchacho adolescente. De los parlantes brotó una cumbia y otros parroquianos se animaron al baile.

Ella venía abrazada por el hombre de una manera que me pareció paternal; sí, ese tipo *tenía* que ser su padre: más que la doblaba en edad, su cabeza pelo por medio era cana y, de veras, la traía de un modo protector.

—Francamente, amigo —oí decir a Jaime—, tu chiquilla es un bombón. ¡Un bombonazo!

La posesividad implícita en ese *tu* chiquilla me inundó de júbilo.

—Y perdóname, pero ahora me explico que te haya rayado el coco, y créeme que sólo por respeto a nuestra antigua amistad no me le echo encima. ¡Ay, ay, ay! ¡Mírala cómo baila!

En la pista la muchacha se había separado de su maduro acompañante para iniciar el baile, acercándose desde cierta distancia para volver a alejarse al compás de la pieza. Contoneándose al vaivén, levantaba a media altura los brazos, echando la cabeza ligeramente hacia atrás, nada más alzándola un poco, pero lo suficiente para que su rostro quedara expuesto a la luz. La sonrisa, ese dulce y amoroso gesto suyo en el que también participaba la pureza de su mirada verde, se mantenía inalterable en su cara para acentuarse, única y fugazmente, cuando él le decía algo. Yo percibía que él la miraba con cariño y que, sin duda, las palabras que le hablaba eran gratas; sí, la actitud de ese hombre con ella era amable; no se desprendía de

ahí nada que se aproximara siquiera al más leve entendimiento adulto entre un hombre y una mujer. Y esto se hacía aún más manifiesto por la naturaleza de la música afrolatinoamericana que estaban bailando; la sensualidad que le es tan propia y la cumbia parecía haber sido mutada, por esa pareja, en una pura gracia. Así, desprovista de su voluptuosidad, la pieza la convertían ellos en una mera travesura. Y, nuevamente, era esa sonrisa suya la que permeaba de inocencia todos sus actos, ya fuese ella sobre una barca, ya estuviera —como aquí— al centro de la pista jugando con ese ritmo.

De pronto Jaime, quien tampoco le quitaba la vista de encima, dijo:

—Oye, oye, Alex, ¿sabes una cosa?

—¿Sí?

—Eh... No sé cómo explicártelo, pero hay algo, cómo decirte, algo raro en tu chiquilla.

—¿Ah, sí? ¿Qué sería?

—Bueno... No lo tengo claro, pero hay algo, sí, hay algo en su manera de reír que no sé, no sé.

—No seas tonto —reaccioné—, es de lo más lindo que ella tiene.

—¿Te parece?

—Por supuesto —le confirmé con un tono muy serio.

—Tal vez estoy equivocado, pero fíjate, hombre.

—¿En qué quieres que me fije?

—Bueno, perdona, pero me da la impresión de que esta chiquilla, bueno, parece que está *siempre* con esa sonrisa. Y bien, le queda requetebién, pero la tiene como pegada, no sé, o es sólo una impresión equivocada... Olvídalo, sí, es mejor.

En esos momentos el hombre le dijo algo a ella que debió resultarle muy divertido, porque estalló en una carcajada larga y cantarina, muy cantarina. Aproveché de hacerle notar a Jaime esa variación.

—Ah, sí, sí, pero mírala: otra vez quedó igual que antes. ¿Ves? ¿Te das cuenta?

Tenía razón, ella retornaba a su sonrisa y yo sentí que eso me encantaba. Ella lo invadía todo de una suave complacencia con ese gesto que era una sola y misma cosa con su tierna manera de mirar.

—Es tan bonita —dije.

Para Jaime, ése era mi último comentario sobre la materia y él lo entendió de inmediato así. Imperaba entre nosotros el implícito código de hombres, y la norma era no hacer referencias molestas sobre la muchacha a quien uno quiere bien. Pero sus palabras sobre la sonrisa de ella iban a quedar vivas dentro de mí. Y habría de recordarlas al día siguiente.

A pesar del tácito acuerdo, esa conversación nos empañó la noche. Al término de una segunda cerveza que bebimos más bien en silencio, Jaime me dijo:

—Tengo sueño, hombre. Si no piensas sacarla a bailar, podríamos irnos.

Asentí y pedimos la cuenta. Seguramente, mi amigo seguía sin explicarse que yo no aprovechara la ocasión para realizar una aproximación a la muchacha, y hacer algo por conocerla. Desde luego, era muy posible y a nadie le habría extrañado que yo me acercara a ella y la sacara a bailar. Era muy frecuente ahí que los hombres tomaran esa iniciativa, pero algunas cosas me paralizaron el ánimo: la presencia de ese mocetón que la acompañaba en su mesa junto al hombre de pelo gris y la mujer madura, el temor de ser rechazado y quedar en ridículo ante Jaime después de habérmelo pasado días transmitiendo sobre la muchacha desconocida. Y una timidez inusitada que provenía de lo diferente que era ella y de la desmesurada forma en que continuaba impresionándome. Todo eso me inhibió y dentro de mí sentí, como una leve compensación, la seguridad de que volvería a reencontrarme con ella. Era ésta

una convicción que tenía sus bases: si la muchacha estaba allí esa noche, era porque pertenecía a una familia del lugar. Los parroquianos nocturnos del casino del Papagayo eran casi todos de ahí: sencillos habitantes del Quintero permanente, el que seguía existiendo todo el año después de que los veraneantes lo abandonaban para regresar a sus ciudades.

—Bueno, ahora sí que estamos listos —dijo Jaime.

Nos pusimos de pie y avanzamos hacia la salida.

Cuando pasamos junto a su mesa hubiera querido mirarle la cara de cerca, pero estaba sentada de espaldas al pasillo. Escuché, sí, la serpentina un poco monocorde de su risa. Quizá demasiado monocorde.

IV LA TERCERA VISIÓN Y EL CONOCIMIENTO: EN LA CALETA

Al otro día, Marion y Patricia nos pasaron a buscar. Venían con su hermano de siete años, el Colorín, un verdadero azote al que no siempre era posible hacerle el quite.

—Duro precio aguantar a este enano maldito —me decía Jaime, y agregaba—: deberíamos ahogarlo.

Las Cordingley se dejaban tiranizar por el chicuelo hasta extremos irritantes. Esa mañana, por ejemplo, el Colorín dispuso una excursión a la Cueva del Pirata sin consultar a nadie, sin mirarnos siquiera la cara. La noche anterior su padre le había llenado la cabeza de corsarios, filibusteros y bucaneros. Los nombres de Hawkins, Morgan y Sharp lo alucinaban; repetía sin tregua el saqueo de Valparaíso perpetrado por Drake, y le daba mucha risa que el pirata incluyera en su botín hasta las copas sagradas de la capilla. Pero el que más lo obsesionaba era Cavendish; claro, Cavendish había fondeado justamente en Quintero, dejando tras de sí la leyenda del tesoro. Y el tesoro tenía que estar enterrado en algún punto del túnel de la Cueva del Pirata para que él, el Colorín Cordingley, y nadie más sobre el planeta, lo buscara y lo encontrara, y a nosotros nos sometiera a la descomunal lata de acompañarlo en su aventura.

La Cueva del Pirata tiene dos entradas; una entre dos playas de la costanera frente a la bahía y a la que es fácil llegar; la otra, casi inaccesible, protegida por roqueríos

disparejos y resbaladizos que reciben el permanente embate de la mar abierta y tempestuosa. Algunos muchachos, los más temerarios, logran atravesar la cueva de una entrada a la otra, deslizándose como orugas por el angosto túnel que las une; es una proeza imposible cuando se ha dejado de ser niño. Esa mañana al Colorín ni se le pasó por la mente llegar hasta la entrada fácil de la cueva, no; tuvimos que seguirlo en busca de la boca peligrosa. La única ventaja a nuestro favor consistía en que, a partir del tramo en que la senda opone serios obstáculos, podríamos tomar de la mano a las Cordingley. Sí, porque el enano era acusete: cualquier aproximación a sus hermanas teníamos que ejecutarla con un pretexto para que más tarde no las estigmatizara él, exagerando ante sus padres.

Por lo que a mí toca, las apariciones de mi desconocida habían erosionado mi interés por Marion. Y ella se daba cuenta de que algo me acontecía; no sabía, por cierto, qué era aquello, y tampoco se animaba a preguntarme nada. Nuestras conversaciones, entonces, se desviaban hacia temas en cuyo fondo palpitaba un propósito elusivo. Hablábamos de nuestros proyectos de estudio, de la postulación a la universidad (a ambos nos quedaba sólo el último año de colegio), de las cosas que nos gustaban, las películas que habíamos visto, las diferencias entre Santiago y Valparaíso, los libros que nos habían impresionado, la manera de ser de nuestros padres, la situación política del país, los cantantes populares del momento. Y así, cualquier cosa que no aterrizará en el vínculo entre ambos, que ella intuía y yo sabía afectado.

Me resultaba lisonjero ver a Marion, siempre tan linda, dispuesta a aceptarme si yo me lo proponía. Hasta bailamos mejilla con mejilla la otra noche en el Yatching y ella estuvo seguramente a la espera de que le dijera algo. Por lo menos, que le preguntara por aquella carta que le había

enviado desde Santiago y que, a su modo, constituía una verdadera declaración, una formal petición de pololeo. Pero nada de eso. La imagen de mi desconocida lo alteraba todo, posesionándose de mi intimidad.

—Ya debemos estar cerca —dijo Jaime.

Nos habíamos detenido para tomar aliento y continuar por el sendero, ya casi inexistente, entre la ladera del cerro costero y las rocas. Las Cordingley habían traído un canastillo con sandwiches, un termo de café y bebidas, presumiendo que el paseo iba a ser largo. Nos turnábamos en el acarreo del canasto y, una vez que el sendero desapareció, nuestra marcha se hizo muy lenta; quedamos abocados a ir tanteando por las altas y filudas rocas. Las rompientes las bañaban aquí y allá, y las superficies cubiertas de algas no podían ser más jabonosas. Todos calzábamos alpargatas con suelas de cáñamo, salvo Marion, cuyas zapatillas de goma le hacían el avance aún más difícil. De pronto perdió el equilibrio y una de sus rodillas dio contra una piedra encarrujada de choritos. Se hizo una herida no profunda, pero sí harto ancha. Sangraba abundantemente. Le hicimos un vendaje lo mejor que pudimos, y ella y yo continuamos un buen tanto rezagados.

El Colorín, que encabezaba el desfile a gran distancia, fue el primero en avistar la entrada de la cueva. De súbito se producía una interrupción en la cadena rocosa por donde, a duras penas, veníamos con Marion, dando lugar a una suerte de playa chica enmarcada por un portal de piedra. Era la entrada de la Cueva del Pirata: umbral adentro se iba angostando, tornándose cada vez más penumbrosa, hasta rematar en la absoluta oscuridad. El Colorín se allegó a la carrera a ese portal, dando gritos de júbilo y categóricas órdenes a barbudos malandrines con parche en el ojo y gancho en el muñón. Entró en la cueva y pronto su figura desapareció, consumida por la oscuridad del túnel. Sus hermanas se inquietaron y lo llamaron en voz

alta, rogándonos luego, a Jaime y a mí, que lo fuéramos a buscar. Obedecimos.

—A lo mejor se queda atascado el enano ahí adentro —le dije.

—No sueñes —me contestó—, los protege a estos enanos malditos un diablo de la guarda del mismo infierno.

Antes de que llegáramos a la entrada, el chico reapareció con todos sus piratas y se alejó hacia un roquerío.

La ensenada ofrecía un espacio muy reducido de arena seca. Salvo Marion, que no podría meterse al agua, los demás estuvimos muy pronto en traje de baño. Corría una helada brisa matinal, de modo que nos dispusimos a tomar el sol de inmediato. Jaime y Patricia se tendieron uno muy junto al otro y, como el Colorín merodeaba por el roquerío, aprovecharon para hacerse arrumacos y hablarse en voz baja. Yo, al lado de Marion, me sentí un poco molesto; tenía clara conciencia de que la situación era para ella, más que embarazosa, hiriente.

Al mediodía, y después de habernos bañado varias veces en la resaca, porque el mar era bravío allí, le dimos el bajo al cocaví. El más contento era el Colorín, que se mantuvo en el área de luz y sombras del boquerón del túnel, Jaime y Patricia vivían su mundo aparte, y Marion apenas disimulaba su desánimo. Cuando terminamos de comer, dijo:

—Me sigue doliendo la rodilla. No quiero matarles la onda, pero me gustaría regresar luego.

Se estaba arreglando la venda y, en realidad, tenía la rodilla desollada; todos pudimos comprobarlo.

—No debemos volver por las rocas —opinó Jaime—; no lo resistirías, Marion. Hay que buscar un atajo por la ladera y, así, retornar por el cerro, por arriba. Ahí, sin duda, nos toparemos con un camino como Dios manda.

—Desde aquí no se divisa ningún sendero ladera arriba —dijo Marion con desaliento.

—Pero tiene que haber, y más de uno —estimó Jaime con mucha seguridad.

—Ojalá —dijo Marion.

—Un poco hacia el poniente ya empieza la zona de las caletas con accesos al camino —agregó Jaime.

—Jaime tiene razón —dije—, yo iré a explorar el terreno.

La ensenada de la Cueva del Pirata limitaba al norte con un disparejo muro pétreo hacia el cual dirigí mis pasos. Al poco rato noté que era posible sortear ese macizo por una estrechura apta. Luego, un largo ribete de arena, humedecido por las estelas finales de la marea, se extendía al pie del cerro, perdiéndose en un recodo. ¿Qué habría más allá de esa esquina? Si sólo iba a encontrar más rocas y precarias playas pedregosas, y el cerro siempre cortado a pique, tendría que dar por frustrada mi misión.

Continué avanzando con las esperanzas a medio naufragar. Entonces, en cuanto tomé la curva dejando atrás la dilatada cintura de arena, la vi. Ante mis ojos se abría una vasta caleta. Y en la zona donde las olas espumaban mansamente sus segundos y terceros lomos, estaba ella bañándose. Me acerqué al borde de las aguas y me quedé mirándola. Tenía su larga cabellera enmadejada sobre la nuca, en un moño apenas sujeto por gruesas horquillas de carey. Su traje de baño, de tela ordinaria y suelta que no se apegaba a su cuerpo, sí se le adhería al variable arbitrio de sus movimientos y del oleaje. En un juego retozón se zambullía y se ponía de pie, alternativamente, dándome la espalda y, al sesgo, el perfil. Aprecié su cuerpo con más libertad ahora, en ese ejercicio espontáneo; su contextura era atlética, sus formas llenas, sinuosas y firmes.

De súbito giró entero su cuerpo y, al verme, se acentuó la leve sonrisa que traía en los labios. Aleteó con los brazos batiendo el agua que le llegaba a la cintura y me llamó:

—¡Ven, ven, tú, ven!

Fui hacia ella y cuando estuve a un metro se me vino encima de un brinco. En menos de un avemaría, aplicando sus manos sobre mi cabeza, me hundió totalmente en las aguas. Al salir a la superficie escuché sus carcajadas alegres, festivas, y me quedé unos segundos prendido de sus ojos esmeralda, que le brillaban chinchosos. Me alejé un poco porque me pareció que se aprestaba a dar otro salto. Su conducta, además de darme vaya qué sorpresa, me había desconcertado sobremanera y no atiné a hacer nada, salvo mantenerme a una prudente distancia, a la espera de no sabía qué.

Ella dijo de nuevo:

—Ven, ven, tú, ven.

Sin esperar respuesta se echó a correr hacia las arenas de la caleta. Cerca del lugar donde estaban estacionados algunos botes y tendidas las redes, se detuvo y, sentándose con las rodillas abrazadas, me esperó.

Me ubiqué frente a ella y en su misma postura. Sonreía. Estaba tan hermosa que experimente una especie de angustia, algo como un dolor adentro, pero no del cuerpo: una desconocida sensación que, curiosamente, provenía del mismísimo deleite de admirarla y tenerla allí, al alcance de la mano, al entero recreamiento de la vista... y, sin embargo, algo me seguía doliendo.

De pronto ella rompió la quietud: tomó un puñado de arena y, antes de que yo pudiera hacerle el quite, me lo arrojó a la cara. Pero sí alcancé a cerrar reflejamente los ojos: cuando ella se aprestó a repetir la agresión, yo me dejé caer con todo mi cuerpo sobre el suyo.

—Eso no se hace —la reconvine.

La tenía, como suele decirse, planchada, sujetas sus manos por las mías, gravitando a presión mis piernas sobre las suyas.

—Nunca más. —dijo con una vocecita delgada, enternecedora.

—Promételo.

—Sí, suéltame, suéltame.

—Di que lo prometes.

—Lo prometo, ya, ya.

La dejé en libertad. Se volvió lentamente y quedó tendida de espaldas al sol. Me senté a su lado; ella levantó la cabeza y me miró fija y dulcemente. Como consecuencia del forcejeo se le había desmoronado el moño, sin deshacerse del todo; una onda de su cabellera estaba por deslizarse y me incitó, sin pensarlo, de veras irreflexivamente, a retornarla a la madeja. Se la esponjé hacia arriba. Fue como una caricia. Y era una caricia.

Ella me cogió la mano, la mantuvo en la suya y me palpaba los dedos y la palma con su índice y pulgar.

—Es suavcita —dijo—, como de guagüita.

Y agregó:

—Tú no trabajas.

—Claro que no —contesté—. Estudio. Y tú, ¿qué haces?

—Yo no —dijo.

—¿No qué?, ¿qué haces?

—Vivo ahí arriba, a veces.

—¿A veces?

Miré hacia la cima de la cadena costera y distinguí tres construcciones de madera, características de las casas de los pescadores de la zona. Una era bastante más grande. Vi también un sendero.

—Sí, y a veces estoy en el circo.

—¿En el circo?

-Sí, con mi papá.

-¿Y qué haces tú en un circo?

No me contestó. Le repetí la pregunta y tampoco me respondió; estaba ausente. Me soltó la mano y era como si mirara una nada que le infundía un reposo, un desarraigo que aumentó aún más su belleza. La sonrisa no desapareció del todo, pero ahora que los ojos no hacían juego con ella, ese gesto adquirió un mayor poder de expresión. Y esa expresión, aunque estaba llena de remanso, me inquietó. *Y empecé a comprender.*

Entonces oí a lo lejos las voces de Jaime y Patricia, llamándome. De un momento a otro aparecerían por el recodo. Tuve una sensación parecida a la que precede al instante en que se es sorprendido o descubierto en algún acto vergonzoso o culpable. Sin embargo, no había allí nada que justificara esa impresión. Hasta el propósito inicial estaba cumplido: había encontrado un camino apto para Marion.

Yo, simplemente, no quería que mis amigos me vieran junto a mi desconocida, que ya empezaba a dejar de serlo, y la idea de que llegaran a acercarse a nosotros me conmocionó.

-Tengo que irme -le dije a ella.

Mi desconocida regresó a sí misma y a mí. Durante su eclipse no había oído las voces de mis amigos, lo cual me permitía un lapso para despedirme de ella, sin que se enterara de la causa de mi partida, no poco intempestiva. Pero no disponía de mucho tiempo; Jaime y Patricia no tardarían en volver a llamarme o en aparecer.

-Ven a verme -dijo ella, y su cara estaba otra vez llena de esa dicha candorosa.

-Sí, claro que sí.

-¿Cuándo?

-Mañana. Sí, mañana en la tarde.

-Oh, qué bueno! Ven, ven a la hora del té, te voy a hacer pan amasado.

Levantó un brazo, me atrajo y me besó en la cara.

Después corrí, corrí velozmente hasta encontrarme con mis amigos. Les dije que estaba todo solucionado: más rato podríamos alcanzar sin problemas el alto con Marion.

Demoré cuanto pude el regreso.

Cuando pasamos por la caleta, ella ya no estaba allí.

EN LA CASA DE FRANCISCA

Todo empezó a ser diferente para mí.

En las veinticuatro horas siguientes, la imagen de ella no me abandonó ni siquiera durante el sueño. Cuando desperté, al otro día, volví, por enésima vez, a revivir cada instante de nuestro encuentro y me sentí inmensamente feliz porque estaría otra vez esa tarde con ella. Hasta entonces las horas iban a transcurrir de modo lento, arrastrado. Estaba yo conociendo una intensidad que todo lo abarcaba; era un placer vívido y paralizante por igual.

No bajé a la playa en la mañana. Después de almuerzo me tendí en la cama, tratando —si era posible— de matar con una siesta el tiempo que me separaba de ella. Pero no pude dormir. Entonces, pensé y soñé cómo podría ser lo que vendría.

Una cosa estaba sumamente clara: no iba a ser posible integrarla con los míos. Cualquier intento terminaría, en el mejor de los casos, en el ostensible alejamiento de mi gente y, en el peor, en la burla. Era cierto que, al llegar a conocerla (muy probable si yo continuaba viéndola), no podrían dejar de encontrarla hermosa. Pero Marion no atinaría a explicarse que yo la hubiera abandonado por una muchacha proveniente de una caleta de pescadores, y que, además, confesaba trabajar en un circo. ¡En un circo!

Con todo, nada de aquello era lo principal. No. Aquí había otra cosa respecto de la cual yo no podía mentirme a mí mismo.

Esa noche, en el casino del Papagayo, Jaime había alcanzado a darme a entender lo que él percibió en la sonrisa de ella. Aquello que suscitó su observación y que, en el fondo, fue su reparo, era lo mismo que en mí había fecundado el encantamiento desde la primera vez que la viera en la lancha.

¿Qué iba a ocurrir ahora?

A las cuatro y media en punto me levanté de la cama. Busqué en el ropero mi pantalón de cotelé negro, mi camisa más pintosa (una jaspeada a lo explorador) y un suéter de angora cuyas mangas amarré, al desgaire, a la cintura. Me miré al espejo y con una sonrisa de aprobación canté:

*I'm going back to Monterrey
Looking for the girl of yesterday...*

Me tope en la puerta con Jaime, que regresaba de la playa.

—Uno que llega y otro que se va —dijo.

—Podrías esperarte un poco y tomar té antes de salir —ofreció mi madre, al paso.

—Gracias, no alcanzo.

—No será tan urgente —se metió Jaime, observándome con muy aguda detención.

—Tengo una cita —le informé, sin deseos de darle más luz al gas.

—Una cita tan impostergable debe ser en la estación. ¿A qué hora parte el tren?

—A la hora señalada, Jaime.

—Ah, ya, déjame hasta ahí no más, creo que sé de quién se trata. ¿O no?

—Crees bien, hombre, crees bien.

—Buena suerte. Ahora, si te mueres por que te acompañe, espérame nada más un par de minutos, mira que tengo mucho que conversar contigo.

—Yo también, pero tendremos que aguantarnos hasta la noche. ¿Podrás soportarlo?

—Haré lo posible, Alex, por no quitarme la vida, digo.

—Ojalá lo consigas, Jaime.

Lo último que alcancé a oír desde el portón fue la voz de mi tía:

—¿Qué les pasa a ustedes dos? ¿Acaso no funciona el intercambio de hermanitas?

Crucé hacia el lado opuesto a la bahía por varios atajos entre sitios eriazos. Tenía un vacío en el estómago que no era de hambre. Tomé la avenida del Yachting y continué por arriba, rumbo a la Puntilla de Sanfuentes. Las tres casas en el cerro de la caleta debían aparecer de un momento a otro.

Llegué hasta la construcción más grande que, supuse, era donde ella vivía. Mis pasos debieron oírse sobre la grava y la plataforma de madera que antecedió a la puerta, pues ésta se abrió sin que yo alcanzara a golpear. La figura de una mujer alta y gruesa se recortó en el umbral. Era de tez clara aunque muy bronceada, y me pareció que su pelo, donde se entrespigaban algunas canas, lo lucía demasiado largo y suelto para su edad. Se le notaba el vientre abultado bajo la falda de lanilla; más arriba, un busto exuberante se escondía holgado en la camisera de popelina.

—Pase, pase usted, joven —me invitó, mientras me daba un apretón de mano con la suya, algo áspera.

Balbuocé un “gracias, señora” y entré.

La sala era pequeña y olía, como el resto de la casa, a pintura fresca. Fuera de esto, lo primero que me llamó la

atención fue la cantidad de cachos de buey que había en todas partes. Sí, una verdadera profusión de ellos continuaba más allá, en el comedor inmediato: se los veía en la mesa de centro, en el aparador, en la vitrina y ordenadamente arrimados contra algún rincón. Noté luego que en ese hogar todo era humilde, modesto, pero limpio y bien mantenido: los visillos a crochet, los cojines de lona de los sillones y del sofá de mimbre, la alfombra de vellón, la tela cañamaza de las pantallas de un par de lámparas, y así.

Desde la puerta de la cocina, abierta al comedor, apareció ella con las manos y los antebrazos embadurnados de harina y masa. A modo de saludo se puso a dar unos saltitos; ya que no podía acercármeme como hubiera querido; esa era su manera de expresarme la bienvenida.

—¡Qué bueno que llegaste! —dijo—. Ven a la cocina, ven.

Vacilé; no me pareció apropiado llegar por primera vez a un hogar y meterme de sopetón a la cocina.

—Adelante, pase usted no más —me indicó la señora con la misma amabilidad con que me recibiera en la puerta.

—Gracias, señora.

—Pase pues, la niña acaba de poner al horno los últimos panecillos. Apenas estén listos tomamos té.

Avancé. Ella, que ya había dejado de saltar, se aproximó al lavaplatos para enjuagarse manos y antebrazos hasta los codos. Enseguida se volvió hacia mí y se quedó observándome con mucha complacencia, imprimiendo a su sonrisa y a sus ojos un viso radiante.

Estaba ahí, muy derechita. En su talante había algo de erguido, como efecto de su esbeltez natural. La tela tenuemente transparente de su delgada camisera de algodón conducía a la preponderancia de sus pechos.

—Oye —me dijo—, tú ¿cómo te llamas?

—Alex.

—Alex, Alex —repitió—. Alex, me gusta.

—¿Y tú?

—Francisca. ¿Te gusta?

—Sí, mucho.

—Dilo, di Francisca.

—Francisca.

—Repítelo, por favor, ya.

—Francisca, Francisca...

La voz de la señora me interrumpió:

—Después de esa presentación podríamos pasar atrás mientras la masa llega a su punto, debe faltarle muy poco.

Atrás era una terraza a continuación de la cocina. En su centro había una mesa y sillas de paja, y otras de lona; los espaldares de estas últimas casi tocaban la baranda de media altura que circunscribía el lugar. El hombre de pelo corto y gris, y el joven en quien reconocí al mismo mocetón de la noche en el casino, estaban jugando al ajedrez.

—Aquí está el amigo de Francisca —anunció la señora—. Se llama Alex, ¿no es así? Estos son Juan, mi marido, y Esteban, mi sobrino, un poco malito para el juego, parece.

Yo iba a saludarlos sólo con una inclinación de cabeza, pero el padre de Francisca se puso de pie y me estrechó la mano con evidente cordialidad; el primo se limitó a un seco "buenas tardes".

—Siéntese usted por aquí, muchacho —me invitó el padre, señalándome una silla a su lado—. Estoy a punto de darle el mate al sobrino.

—Todo puede ser —estimó el joven sin alterar su seriedad—, pero no esté tan seguro, tío.

—No se distraigan por mí —dije—, también juego al ajedrez y sé lo que significa una interrupción.

—Por mí no se preocupe —espetó el primo.

—Lo dice porque ya tiene perdida la partida —bromeó el hombre.

La señora había vuelto a la cocina donde con Francisca estaban ya sacando del horno los panes, cuyo aroma nos llegaba afuera en tibias vaharadas. La concentración de los jugadores y la ausencia de las mujeres me dio oportunidad para observar el entorno a mi gusto. Me sorprendió no ver por lado alguno ni un solo aparejo de pesca; mi conjetura inicial en cuanto a que Francisca pertenecía a una familia de pescadores había sido, pues, errónea. Algo más que la inexistencia de esos aprestos se sumaba al equívoco. Algo más y de mayor gravitación iba quedando al descubierto: los miembros de esa familia procedían con una entereza sólida, con soltura, con una especie de confianza distintiva que les otorgaba seguridad. Modulaban bien, se expresaban apropiadamente, llenos de una dignidad a flor de piel. En la terraza, por mencionar un detalle, había una fila de maceteros entre las balaustradas de la baranda, con plantas y enredaderas que ponían de manifiesto, más que un mero buen gusto, el principio de un refinamiento. La madre de Francisca, lejos de atenerse a los geranios y las hiedras, pero sin menospreciarlos, tenía allí motiflor y jazmines.

De pronto alcancé a ver que Francisca salió casi corriendo de la cocina. Se me vino por detrás y me cubrió los ojos con sus manos.

—Adivina quién soy —me preguntó.

Me sentí invadido por una amarga vergüenza ajena ante la incoherencia de su humorada, en la que no había sorpresa alguna. O quizá sí, más bien por el hecho de que la hiciera delante de otras personas, aunque fueran de su propia familia.

—No sé, no se me ocurre —le contesté, para salir de la ridícula situación con algo parecido a una broma.

—A ver si me reconoces ahora —dijo, y juntamente con sacar sus manos me besó en la cara: tres sonoros besos.

—A ver si tú me ayudas a poner la mesa —oí decir, con alivio, a la señora desde la cocina—. Y ustedes, jugadores, despejen por favor, despejen.

—Creo que no vale la pena seguir —dijo el joven.

—Bota el rey, entonces —indicó el padre de Francisca.

—No le daré esa satisfacción, tío Juan, pero ganó igual, ya me desquitaré en la revancha. ¿Cuándo será?

—Mañana puede ser, antes de partir. El camión estará listo esta tarde.

—¿Y la carpa?

—Estará remendada ya, pasaremos por ella también mañana.

—¿Vendrá Francisca con nosotros?

Yo, que venía siguiendo el diálogo, en este punto me quedé imantado.

—No todavía, Esteban. Su mamá quiere tenerla con ella todavía unos días más, creo que el circo podrá sobrevivir sin Francisca si es, como será, por muy poco tiempo.

Madre e hija ya habían puesto la mesa. Junto al cestillo de pan amasado y debidamente envuelto en su paño, colocaron potes con quesillo de cabra, mantequilla, miel de abeja y varios tipos de mermeladas. Durante el té la señora mantuvo la iniciativa en la conversación. Era muy comunicativa y al poco rato estuve al tanto de muchos aspectos sobre la familia. Ella era artesana, abarcando el pulido y tallado de cachos de buey, colmillos de lobo marino, huesos, algunas conchas y espadas de albacora. Estimaba que le iba bien: sus piezas se vendían a altos precios en dos o tres tiendas selectas de Santiago y tenía noticias de que los extranjeros las preferían. Los intermediarios se quedaban, claro, con la parte del león, pero qué hacerle. La artesanía, por lo demás, era una manera de vivir, tenía independencia y amaba lo que hacía. Su hija también tallaba, sí, la niña aprendió de a poco y sus piezas eran bonitas, pero la mayor parte del tiempo iba con su padre viajando en el

circo; era una gran *alambrista*: me explicó que así llamaban los del oficio a los equilibristas.

La sangre circense corría por las venas de la niña desde las dos fuentes. Sí, también por el lado materno: su abuelo había sido un famoso malabarista. Ella y su marido se conocieron en las tiendas, pero ella siempre quiso emigrar de ese mundo y lo hizo tan pronto pudo, apenas se afianzó en su artesanía. Era una mujer que disfrutaba de su autonomía, dejando en claro –y sin decirlo textualmente– que su relación conyugal se proyectaba sólo en base a la niña. Ella y su marido, aunque hubiesen cesado de ser pareja, eran entrañables amigos y jamás dejarían de compartir la responsabilidad que los unía. Estas materias, tan íntimas, me fueron expuestas con adecuada graduación e intercaladas en otros temas; fue necesario abrocharlas después para tener el real cuadro de la situación y entender el propósito de la confidencia.

Si bien yo era todo oídos para las palabras de la señora, mis ojos buscaban una y otra vez el encuentro con la mirada de Francisca, en una suerte de juego que me ponía contento. Y a ella debía pasarle algo similar porque, de cuando en cuando, bajaba la vista para alzarla nuevamente como una confirmación de complicidad. A pesar de seguir muy atento a la señora y de estar pendiente de cualquier gesto de Francisca, percibí que ciertas interrogantes se abrían paso a mi interior. ¿Por qué me habían recibido los padres de Francisca con tanta naturalidad? ¿Qué esperaban de mi amistad con ella? No parecían dispuestos a mover un solo dedo entonces, ni tampoco en los días siguientes, para desalentar la continuidad de nuestra relación. Es cierto que yo acababa de recibir información, de escucharla más bien dicho, sobre la futura partida de Francisca al circo, y ése era un hecho próximo. ¿Cuántos días me quedarían para estar con ella? ¿Pensaban ellos que yo resolvería no tratarla más en cualquier momento, ahora

o muy pronto, al ir constatando en qué medida estaba ella desprovista?

Con esa última pregunta me inferí una verdadera cuchillada, pero rechacé el dolor porque sentí con él la naturaleza de la lástima.

En qué medida estaba ella desprovista... Yo no quería sentir conmiseración. Yo no quería acoger nada que me sacara de mi encantamiento.

–Perdone, pero de repente se nos puso usted como ido, Alex –era la señora que me arrancaba de mis reflexiones.

–Perdone usted, señora.

–Oh, no, muchacho, creo que he sido muy acaparadora con la conversación. He hablado hasta por los codos de nosotros, como si tú no tuvieras también mucho que contarnos.

–Sí, sí, cuenta, cuenta –dijo Francisca.

–De tus estudios, de lo que quieras –se sumó el padre.

–Bueno, me queda un año todavía antes de entrar a la universidad, el último año, que es muy difícil según dicen.

–¿Y qué quieres seguir estudiando? –preguntó la señora.

–Ojalá lo supiera, no soy lo que se dice un buen alumno, paso raspando, ésa es la verdad.

–Pero algunos ramos te gustarán más que otros –insistió ella.

–Creo que sólo puedo afirmar que algunos me gustan menos que otros.

–Eso ya es algo –estimó el padre, riéndose.

Les hablé luego de mis padres y de mi vida en Santiago. Ponían un interés más que convencional; me empeñaban a parecer personas sinceras. Al cabo de un rato de

Francisca se levantó y me tomó de la mano; me invadió una corriente de agrado con su contacto.

Bajamos por unos escalones que nacían de la terraza. A medida que descendíamos advertí que el taller quedaba debajo de aquella. La casa estaba construida en un espacio horizontal excavado al cerro, pero la terraza sobresalía montada en la ladera, dejando un gran ángulo inferior apto para bodega, garaje o, como era aquí el caso, taller.

El recinto, con tres amplios ventanales, recibía generosamente la luz solar. Francisca, sin soltarme de la mano, me conducía de un lado a otro, mostrándome los instrumentos y las herramientas, y queriendo enseñarme, me hablaba así:

—Esta es la piedra esmeril, Alex, piedra esmeril.

—Sí, Francisca.

—Pero repite conmigo p-i-e-d-r-a e-s-m-e-r-i-l.

—Piedra esmeril.

—Bien, y ésta es la fresa del tallado, di, di.

—Fresa del tallado.

—Bien, Alex, lindo, qué bien, y ésta es la pasta de pulir, pasta de pulir, repite conmigo.

—Pasta de pulir.

—Sí, sí, amorosito, bien, bien, y mira: cacho de buey, colmillo de lobo, hueso, espada de pez espada...

—Que se llama también albacora, Francisca.

—Sí, sí, lindo, Alex. —Estaba frente a mí con su carita muy cerca de la mía—. Alex, yo te quiero mucho, ¿quieres que te lo diga otra vez?

—Sí, Francisca.

—Te quiero mucho.

De esa tarde en adelante no dejé de ver a Francisca ni un solo día.

Yo no conocía la fecha en que ella tendría que irse, pero estaba ahí, al acecho, siempre. Francisca aceptaba su partida, sin relacionarla todavía con separación alguna, como parecía acogerlo todo: con el consentimiento llano de quien percibe la existencia regida por un determinismo natural; ni siquiera inexorable, pues ello habría implicado reconocerse vencida por un destino indolente. Para Francisca las cosas *eran*, estaban así, se vivía de este modo y no cabía en su ánimo ni en su mente el propósito de escrutar las cosas, menos aún de proponerse la faena de cambiarlas. *Ahora* éramos felices.

—Somos felices, ¿verdad? —me preguntaba, no porque anidara la más mínima duda, sino sólo para escuchar mi confirmación.

—Sí, Francisca.

—Bésame.

Y ese beso era la entera dicha para ella. Yo no podía librarme, entre otras inquietudes, de la conciencia del tiempo que transcurría y del vacío más allá del presente. Francisca usaba algunas palabras sin atender a su sentido, sin reparar en lo inadecuadas que podían ser respecto de nuestra situación.

—Yo te querré siempre —decía—. ¿Y tú?

Yo asentía en silencio.

—Dímelo, dime que siempre me amarás.

—Siempre te amaré, Francisca.

Para ella el único mañana que valía era el del día siguiente, y el vislumbre de éste sólo surgía al momento de despedirnos.

—¿Vendrás mañana?

—Sí, Francisca.

—Qué bueno, qué bueno. Me haces tan feliz, Alex.

Era como si le hubiera dicho "vendré siempre".

En la mañana bajábamos a la playa. Jugábamos y nos hacíamos cariño. Ella se escondía detrás de las rocas y los botes. Reaparecía para que hiciéramos cerros de arena a los que socavábamos para preparar la chimenea del horno, y hoyos profundos donde Francisca se enterraba hasta la cintura y, a veces, claro, con trampita, hincada, hasta el cuello. Con palitos de fósforos trazábamos la cruz del juego del gato y después, aplanando la arena, nos escribíamos breves frases de amor. Entrábamos al mar y como ella ya estaba al tanto de mi ineptitud para soportar la inmersión total, se abstenía de hacerme pasar un mal rato y nadaba junto a mí, apegándose sin alterar mi flotación.

Íbamos siempre a la playa de la caleta, lo cual proporcionaba cierta tranquilidad a la madre de Francisca.

—Estarán por aquí cerca, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Ah, qué bueno, Alex; si sienten hambre, suban a buscar una fruta que sea.

—Gracias, señora.

No la descubrí nunca vigilándonos, a pesar de que en varias oportunidades miré de improviso hacia los ventanales de la casa. Quizá nos observaba con disimulo por los visillos. Quizá no. Tal vez interrogaría a Francisca por la noche, antes de acostarse, o cuando estaban por quedarse dormidas. Nunca lo supe. Pero aquello era posible.

Muy de vez en cuando llegaban veraneantes a esa caleta. Cuando ello ocurría, era sólo de paso. El acceso por la costanera oponía muchos obstáculos y el sendero escalonado del cerro, por donde Francisca y yo bajábamos cada mañana, era desconocido, salvo para los pocos habitantes que vivían en los alrededores.

La caleta nos pertenecía...

Ahora estoy con un antebrazo tapándome los ojos, protegiéndome de la rudeza del sol de mediodía, pero alcanzo a ver que Francisca se incorpora un tanto. Lo primero que me llega de ella es su cabellera sobre mi cara. Después sus labios, y su voz:

—Te quiero, Alex, te quiero.

Su sonrisa se acentúa. ¡Cómo amo su sonrisa! Fue lo que me encantó al principio y es lo que me sigue seduciendo, y como no deja de sonreír jamás, jamás se corta el hilo del que pende el hechizo.

—Me gustas, Alex, me gustas.

Su voz me viene con una cadencia de murmullo.

Acerco su cabeza a mi pecho, donde la dejo descansar, y aproximo luego la mía a su cabellera y hundo la cara en ella; ¡ah, si pudiéramos quedarnos así toda la vida!

Me viene a la memoria un poema aprendido en el colegio; le recito una estrofa:

*Nadie escoge su amor,
nadie el momento,
ni el sitio,
ni la edad,
ni la persona...*

—¿Te gusta, Francisca?

—Sí, sí, es muy bonito.

—¿Por qué?

-No sé, no sé, no lo entiendo, pero es bonito. Yo te quiero.

Después entramos al mar y nos besamos; mis labios se encuentran con los suyos en un contacto tibio y frío, y salado a la vez, que también es lo más dulce del mundo.

VII EN LA FOGATA

La madre de Francisca nos había dejado muy en claro su prohibición respecto de las salidas nocturnas. Y en cuanto a las tardes, se nos permitían muy restringidas. Íbamos al roquerío del recodo a contemplar la puesta de sol. Francisca se sentaba con los brazos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en una muñeca. A veces llegábamos hasta la Puntilla de Sanfuentes, uno de los lugares de Quintero preferidos por los veraneantes para ir en pareja a ver la puesta de sol. El que pudiéramos toparnos allí con Jaime y las Cordingley, o cualquier otro de mi antiguo grupo, me producía temor. La sola idea de que le conversaran a Francisca y la hicieran hablar me angustiaba. Afortunadamente, no coincidimos nunca en la Puntilla, pero sí habríamos de encontrarnos en otros sitios.

La semana quinterana se encontraba en su apogeo y las festividades iban a ablandar el rigor de la madre de Francisca. Entre todas las celebraciones había tres que le llenaban la carita de alegría a Francisca: la fogata de Vida Sana, la Noche Veneciana y el Baile de Gala; todas se realizaban en la noche. Y Francisca sabía exactamente cuándo, porque la camioneta municipal con un gran megáfono recorría a diario la ciudad, promoviendo esas veladas de diversión hasta en los más

lejanos caseríos de la comuna. Sí, ella se sabía al dedillo la programación.

—Mamá, déjanos ir a la fogata...

—Niña, ya les dije que...

—Pero, mamá, no seas mala, di que sí, di que sí.

Sólo un corazón de piedra hubiese podido mantenerse inconvencible. No era el caso.

—Seguiré confiando en usted, Alex. ¿Entiende?

—Sí, señora, muchas gracias.

—No me dé las gracias. Pórtese nada más bien con ella y regresen antes de la medianoche, por favor.

—Sí, señora.

—¡Ay, mamá, qué buena eres, qué buena!

—¡Ya, niña! Aléjate, que me sofocas.

La gran fogata se realizaba en el campamento de Vida Sana, situado en un vasto claro de bosque frente al mar, entre Quintero y Ventanas, y se componía de livianas cabinas de madera. Las personas que veraneaban allí se sometían a ciertas disciplinas: levantadas temprano, ejercicios, algunas dietas, hábitos comunitarios, jerarquías, y así.

Al centro de un área lisa se acondicionarían los troncos de la enorme hoguera, y a una prudente distancia se levantaban las aposentaduras con modestos tablonés. Era ahí, junto a la pira, donde iba a desarrollarse el espectáculo en el que actuaban veraneantes con aptitudes musicales, interpretativas y teatrales. Era, pues, una función de aficionados, en su gran mayoría jóvenes.

Esa noche pedí la comida temprano para pasar a buscar a Francisca con la debida anticipación.

—Me imagino que vas a ir a la Gran Fogata —dijo Jaime, al ver que yo miraba la hora a cada rato.

—Creo que sí —le contesté.

—No tienes que ponerte tan misterioso conmigo, hombre.

—No se trata de misterios, Jaime.

—¿Sabes?, podríamos ir juntos; Patricia me espera y Marion ya encontró otro gancho, te cuento esto por si... tú me entiendes.

En ese momento entraron mi madre y mi tía al comedor, y Jaime se quedó callado al punto; un buen gesto suyo, para no enterarlas aún más de mi desvinculación del grupo. Ellas se habían dado cuenta ya de mi notoria separación, y no convenía darles más luz sobre el asunto. En un principio creyeron que nos habíamos disgustado con mi amigo, y al comprobar que no era así, lógicamente les entró curiosidad por saber qué me estaba ocurriendo, con quién me juntaba a diario y por qué no se me veía en parte alguna. Pero iban a mantener la prudencia de no arremeter con intromisiones obvias. Trataron, sí, de investigar con Jaime; mi amigo me contó que creían que yo estaba en amoríos con una mujer mayor.

—Nunca faltan señoronas frescolinas en las playas —le dijo mi madre.

Y mi tía:

—A vacas viejas, pasto tierno.

En todo caso, si ésa era la cosa, no las preocupaba; la inquietud venía de no saber nada. Jaime, a su vez, había llegado a la conclusión de que era mejor no hacerme preguntas sobre mi chiquilla.

—Ya llegará el momento en que me la presentarás —me dijo una tarde—; será cuando tú quieras, no te insistiré y callado el loro.

Pero de vez en cuando insinuaba que saliéramos juntos los cuatro, pero ahora con *ella*; yo no le había comunicado siquiera su nombre.

El campamento Vida Sana quedaba lejos, en el medio de la cintura de la bahía, en el sector de Loncura, pero las caminatas de ida y vuelta eran parte del atractivo de la Gran Fogata. Por las arenas de la playa avanzaban festivos los grupos, abrazadas las parejas, mirando hacia

el mar, al que la luna llena proporcionaba una piel metálica.

Francisca venía muy abrigada con gorro de lana y manta de Castilla, y yo, con casaca de cuero. Sentíamos también el calor de nuestros cuerpos muy juntos y la calidez de nuestras manos entrelazadas en puñito bajo la manta.

Cuando entramos al recinto, nos ubicamos en la gradería más baja, muy cerca de la vía de ingreso; para cumplir con la palabra dada y poder así salir del lugar mucho antes del término de la función. Algunos jóvenes estaban incitándole con chamizos el fuego a los troncos, y de la barraquita emergían fugaces chispas como de un arbitrario surtidor.

El lugar se fue llenando hasta quedar repleto de gente. Como Francisca y yo estábamos en la primera fila, muy pronto sentimos el calor de la pira que ahora iluminaba todo el entorno, a la muchedumbre del anfiteatro y, más atrás y hacia arriba, el follaje del bosque de Loncura. De vez en cuando nos llegaba un envión de humo de la hoguera, que nos hacía lagrimear. Las lenguas de fuego flameaban con variable plenitud, encendiendo y graduando el verde de los ojos de Francisca.

El primer número le correspondió a una muchacha que, acompañándose de su guitarra, interpretó el bolero *Nosotros*. Su voz, ligeramente ronquita, le infundía una contagiosa emotividad a la letra que, entonces, empezó a ser cantada también por todo el público.

*Nosotros, que del amor hicimos un sol maravilloso,
romance tan divino,
nosotros, que nos queremos tanto,
debemos separarnos, no me preguntes más,
no es falta de cariño, te quiero con el alma...
te juro que te adoro y en nombre de este amor,
y por tu bien, te digo adiós...*

En el último verso a Francisca se le ahogó la voz.

—Es tan triste —dijo—, me da tanta pena.

Y se me acurrucó.

Luego la muchacha cantó una alegre canción napolitana que, aquí y allá requería el voceo de los estribillos y las palmas de la concurrencia. Francisca se sacó la manta y la gorra, su cabellera se derramó hacia un lado y el otro, al compás de esa música briosa; llevaba un suéter rojo y su figura alta se distinguía entre los que nos encontrábamos en el bajo de las graderías. Entonces yo los vi a ellos y ellos nos vieron. Allá, arriba, al fondo, estaban Jaime, Patricia, un muchacho y el Colorín. Me saludaron agitando los brazos.

—¿Quiénes son? —me preguntó Francisca.

—Es Jaime con unas amigas.

—¿Jaime?

—Sí.

—¿Jaime?

—Sí, mi amigo que está en mi casa, del que te he hablado más de alguna vez.

Francisca dejó de mecerse al ritmo de la música.

—Se me olvidó.

Noté la profunda tristeza de su voz. Se sentó. La abracé.

—No importa, Francisca, de veras no tiene importancia.

—Sí importa —dijo, y agregó—: quiero irme.

VIII LA NOCHE VENECIANA

Las celebraciones quinteranas llegaban a su término.

Ese fin de semana tenían lugar las dos últimas festividades que eran, también, las más esperadas por los veraneantes. El viernes, la Noche Veneciana en la Playa del Durazno; y el sábado, la gran velada en el Yachting Hotel, que incluía la coronación de la reina. Francisca quería asistir a ambas y su madre no iba a oponerse.

La Noche Veneciana fue amorosamente plácida para nosotros. Llevamos un grueso chalón y nos sentamos en la explanada que hace de contrafuerte de la playa. Por los parlantes se emitía música de moda, de la romántica, puesto que las piezas agitadas habrían roto el hechizo del festejo. Las embarcaciones adornadas con guirnaldas encendieron, de pronto y muy concertadamente, sus farolitos; algunas los llevaban en hilera desde el mástil hasta proa y popa, dibujando así un velamen luminoso que se recortaba en la oscuridad, proyectando sobre las aguas inquietas, reverberaciones.

Cuando la cadena de múltiples fuegos artificiales centelleó allá en el muelle y salieron disparados al cielo los cometas y estrellas fulgurantes y fugaces, miré a Francisca. Al ver el asombro de sus ojos maravillados y el invariable candor de su sonrisa, sentí que me inundaba de ternura; apreté mi cuerpo al suyo y nos dimos un beso largo, largo: fue el más duradero que nos dimos nunca.

Nos interrumpió una voz que desde los parlantes invitaba a presenciar el arribo de los españoles a la costa americana.

—¡Mira, mira! —exclamó Francisca. El simulacro que se estaba representando la llenó de júbilo y desasosiego; parecía creer en él como algo verdadero.

De la más garbosa de todas las embarcaciones transbordaron a un bote a tres conquistadores con sus armaduras de papel plateado, grandes espadas que resplandecían y una cruz, mientras desde la playa los acechaba, tiritando de frío, una docena de jóvenes con las caras pintadas y el torso desnudo.

Terminada la función, algunos muchachos encendieron fogatas en la playa y los espectadores se acercaban a una u otra para sentarse en círculo, convocados por el calor y la luz del fuego, y por el deseo de continuar juntos, de quedarse ahí las parejas cantando y acaramelándose. Divisé a Jaime y Patricia en el gentío.

—Tenemos que irnos —me dijo Francisca.

Asentí; nos convenía no demorarnos y así asegurar el permiso para la noche siguiente.

—¿Sabes, Alex...?

—Dime, Francisca.

—Yo conozco el cuento de Cenicienta; me gusta mucho, ¿y a tí?

—A mí también.

—Yo, yo tengo que llegar siempre a casa antes de medianoche, como Cenicienta, ¿te acuerdas?

—Sí, Francisca.

La abracé por la cintura y nos encaminamos hacia la salida de la Playa del Durazno. Mañana iríamos a la gran velada; con ella se cerraba la semana quinterana. Después de esa celebración se abría para mí, para nosotros, un tiempo distinto, impreciso; aunque no tan insospechado en realidad. Yo no quería ver lo que se pronunciaba para

el inmediato porvenir, pero lo principal lo sabía: Francisca iba a partir de un momento a otro, su padre la vendría a buscar cualquiera de los próximos días. Pero yo trataba de echarme tierra a los ojos, de asirme a la cotidianeidad, de manera de no pensar, de no afrontar reflexivamente lo que se venía encima, porque ¿qué sentido tendría desesperarse ante lo inevitable? Pero la inquietud minaba igual. No dependía de mi voluntad, eso era lo peor. Pronto nada obedecería a mis deseos, salvo que... Sí, salvo que yo la siguiera, salvo que me fuera tras de ella. Pero, ¿sería eso posible? Estaba a la vista que los padres de Francisca habían *permitido* la existencia de nuestra relación; que en el fondo la toleraron controladamente también, porque ellos sabían el exacto advenimiento del plazo. El plazo. ¿Cuántos días nos quedaban? Tres, cuatro... A lo más una semana. ¿Y después? Ése era el vacío, ése era el vidrio empañado que me dejaba frente a mi propia soledad; sentía ese porvenir como un encierro y me sofocaba íntimamente la sola idea de despertar una mañana y saber que ella ya no estaría esperándome en la playa de la caleta.

¿Y si la seguía? ¿En qué iba a convertirme...? ¿Estaba dispuesto a ir de pueblo en pueblo, de villorrio en villorrio, tras la caravana de un circo pobre, como un obseso?

—Es de disfraces.

Volví a la realidad al oír su voz.

—¿Qué dices, Francisca?

—Que el baile de mañana, el de la gran velada, es de disfraces.

—Ah, sí, claro. Pero no es obligatoria la cosa, uno puede ir como quiera.

—Yo tengo vestidos muy bonitos.

—¿Sí?

—Sí, Alex, del circo, cuando yo hago mi entrada en la función soy igual a una reina, por eso tengo trajes muy

lindos. ¡Ay, Alex, te gustarían tanto mis trajes! Mañana me pondré uno.

—Yo iré únicamente con antifaz.

—Yo también llevaré antifaz.

El Hotel Yachting disponía de varias condiciones que lo convertían en el más apropiado para efectuar la gran velada: un vasto salón techado, con puertas-ventanas que lo unían a la vez que lo separaban de la famosa terraza donde por las tardes se juntaba la juventud a bailar, un bar de barra larga y disposición de mesas, un patio de gravilla y un jardín, ambos amurallados. La construcción de piedra del Yachting, montada a pique cortado sobre el cerro costanero bajo el cual se extendía la Playa del Papagayo, era un recinto convenientemente aislado, lo que resultaba del todo necesario en circunstancias como aquella, en que el valor de las entradas infundía en muchos jóvenes el irrefrenable ánimo de colarse. Tanto en el salón como en el bar, patio y jardín, se ubicaban las mesas; sólo la terraza quedaría despejada y en reserva para el baile. Sabiendo por experiencia de años anteriores que el número de mesas no iba a alcanzar para todos, y tomando en cuenta que Francisca debería llegar temprano a su casa, la pasé a buscar con anticipación.

Cuando me aprestaba a salir, me detuve al ver a Jaime, muy concentrado frente al espejo del comedor, tiñéndose la cara con un corcho quemado. Ya tenía la barba espesamente negra y las emprendía con las patillas; sobre la mesa esperaban el pañuelo y el parche de ojo.

—¿Ya te vas, Alex?

—Quiero agarrar mesa, hombre.

—Sale hartito más caro —opinó sin despegar la vista de su faena.

—Me queda plata y es la última fiesta —le contesté.

—Eso es cierto. Oye, recibí carta de mis viejos, nos esperan en el campo el primero de febrero, como todos los años. No te has olvidado, ¿verdad?

—Claro que no.

—Es que como te veo tan embalado con tu chiquilla, te digo no más.

En ese momento entró al comedor mi madre, trayéndome un sombrero de tongo.

—Toma —me dijo—, te viene bien con la pinta formal que llevas, hasta parecerás disfrazado de *dandy* si vas con antifaz, ¿sí? Mejor todavía, pues, hijo.

Se lo agradecí y al punto me lo encajé; me quedaba un poco grande. Mi madre sonrió y subió al segundo piso.

—Pareces un profesor Corales de circo pobre —estimó Jaime.

—Por ahí anda la cosa —no me aguanté.

—¿Qué?

—Nada, hombre, nada.

—Oye, Alex, nos juntaremos en el Yachting, aunque sea por un rato, ¿no es cierto?

—Está bien.

—¡Cómo que está bien!

—Bueno, qué quieres que te diga.

—No espero que saltes de contento, pero te pasas de esquivo, hombre. No se te ve en todo el día y cuando apareces por ahí, de pronto ya no estás. ¿Qué diablos pasa con tu chiquilla?, ¿es un ectoplasma?

—Puede ser.

—Y puede ser hartito contagiosa.

—Entonces no te acerques esta noche a nosotros, mira que podemos evanescernos toditos de un viaje.

—Ya, déjate de tonterías, Alex, ándate no más.

Mientras me dirigía a la casa de Francisca, recordé las palabras de Jaime al inicio del diálogo y tomé conciencia de que en una semana más, de acuerdo a nuestra costumbre, debería irme con él a Monte Patria. Lo hacíamos así todos los años tan pronto llegaba febrero, pero en esa ocasión me había olvidado de ello; simplemente, no pensé

en el asunto. Ahora un sentimiento de rebeldía empezó a crecer dentro de mí. La incorporación de Francisca al circo de su padre la arrebataría de mi lado; su partida era inevitable, no estaba en mi arbitrio hacer algo contra eso. Pero muy otra cosa era acompañar a Jaime al campo nortino. No iría. Nadie iba a obligarme. Los de mi casa se extrañarían hartos más que bastante, dejando de manifiesto su discrepancia; pero, fuera de eso, qué: A Jaime mi deserción de seguro no le asombraría. Estimaría que estaba en absoluta concordancia con mi conducta durante la mayor parte del mes de enero, es decir, desde el paseo a la Cueva del Pirata en que encontré a Francisca en la playa de la caleta, y le hablé por primera vez y la conocí.

Pero, ¿qué ganaba yo con quedarme en Quintero? Un Quintero para mí desolado si Francisca se iba antes de fines de mes. Yo lo intuía, ya casi lo sabía: ganaba un tiempo, un espacio para que la idea larvaria que me estaba bullendo adentro tomara cuerpo, se desarrollara hasta convertirse en la única decisión consecuente con mis deseos.

—¡Qué elegante! —exclamó la madre de Francisca, haciéndome pasar a la salita.

—Toma asiento —agregó—, la niña ya estará lista. Vienes bien adelantado, ¿verdad?

Le expliqué que era por la escasez de mesas.

—Ah, ya, la gran velada. Me lo imagino, un lleno total, y a todos se les acaba la semana quinterana, ¿no es así?

—Bueno, sí.

—¿Eligen a la reina esta noche?

—Sí, señora.

—¿Y cuál es tu candidata?

—Ninguna, no las conozco a todas.

—Pero entre las que sí conoces habrá más de alguna nadita de fea.

—No me gusta ninguna.

La señora se había sentado en un sillón frente a mí y me miraba con un dejo de simpatía. Reparé en ello porque su actitud hacia mí había sido invariablemente neutra, como si nunca dejara de controlar sus expresiones, de evitar que afloraran con libertad.

—Esta es la última noche que saldrás con mi hija, Alex.

—Así es, señora.

—Y sabrás que a mediados de la próxima semana vendrá su padre a buscarla, ¿verdad?

—Sí, pero no lo sabía tan exactamente.

—Hay algo que me gustaría decirte, Alex, y lo haré ahora porque no sé si tendremos otra oportunidad de estar un rato a solas.

Se inclinó hacia adelante.

—Te estoy muy agradecida, has sido muy bueno con ella y...

La interrumpí:

—No tiene usted nada que agradecer, señora, por favor.

Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Después de un lapso volvió a hablar:

—Una última cosa, Alex. —Me miró nuevamente con afecto—. Se me acaba de ocurrir que a lo mejor te gustaría tener una de mis piezas de artesanía.

—Sí, claro que sí.

—Y ¿qué prefieres? ¿Una figura de cacho de buey, de colmillo de lobo, de hueso o una espada de albacora?

—La espada, señora.

—Bien, pues. Puedes venir a buscarla cuando quieras, una vez que se haya ido la niña.

—Muchas gracias señora, es un regalo muy bonito.

Entonces hizo su aparición Francisca.

Fue de veras una aparición. Tenía puesta una capa corta, apenas algo más que una esclavina de terciopelo

azul marino con forro celeste; se veía este reverso porque por un lado se apegaba la capa, plegándose como al desgaire sobre un hombro. Al cuerpo y desde el cuello lo ceñía una malla brillante de lentejuelas amarillas, una apretada, elástica, virtual funda de escamas doradas que a la altura de los tobillos insinuaba con un falso la forma de aleta de una sirena, de tal modo que sus zapatillas se escondían en el embozo de ese artificio. Una horquilla de hueso, grande y curva, le prendía al paso el torrente de la cabellera, enviándoselo por un solo lado hacia adelante para derramarlo sobre el pecho y hasta la cintura. Recordé su imagen sobre la lancha. Tragué saliva. Descontando la capa, había allí un ser prodigiosamente desnudo, una creatura de ensueño. Por las ojaladuras de su antifaz de oro, que cubría su rostro hasta la barbilla, vi que me estaba mirando fijamente, atenta a mi reacción. Me puse de pie y la tomé de las manos:

—¡Dios mío, que estás linda, Francisca!

—¿Verdad que no habrá ninguna más bonita que ella esta noche? —dijo la señora.

—Si te sacas el antifaz vas a matar de envidia a la reina —opiné.

—¿Cuál reina? —preguntó ella.

—Eligen una reina, tú sabes, niña —le informó su madre.

—Y a nosotros qué nos importa. Vamos, Alex, vamos.

Se acercó a su madre y le estampó un par de sonoros besos en la cara. Yo me despedí con una inclinación de cabeza.

IX LA GRAN VELADA, LOS JUEGOS

La noche estaba sin viento, sin brisa siquiera, pero hacía frío.

Francisca se embozó en su capa, yo me metí el tongo hasta las orejas, me puse el antifaz y abrazados nos encaminamos hacia el Yachting.

A las dos cuadas de distancia coincidimos con otras parejas y grupos, y al acercarnos al hotel vimos una creciente cola de veraneantes a la espera de pagar las entradas. Se formaban tumultos contra la reja y algunos muchachos se empujaban unos a otros con el evidente propósito de pasar colados, pero un par de carabineros muy alertos intervenía, conminándoles a integrarse a la fila.

La inmensa mayoría iba con disfraz. Abundaban los piratas, las campesinas a la tirolesa, Robin Hood, hawaianas, jeques y odaliscas; también se distinguían algunas muchachas ricamente vestidas de dama *belle époque* o doncella medieval, y otras de *femme fatale* ostentosamente enjoyadas y con larga boquilla entre los labios de frambuesas. Sin embargo, de las más vistosas y originales indumentarias, y de la belleza insinuante y ambigua de tanta fruta pintona jugando a mujer, Francisca era la que más atraía las miradas. Esto se me hizo del todo evidente cuando entramos a paso rápido, casi a la carrera, a reservar nuestra mesa. Las del interior del salón estaban ya ocupadas; despreciamos las del patio engravillado porque la malla de Francisca no

iba a protegerla del sereno de la noche y, además, allí en el bar divisé una, a la que alcanzamos a llegar junto a otra pareja, con la que tuvimos que compartirla.

La orquesta, al fondo del salón, estaba tocando un rock'n roll y la terraza empezó a verse invadida. Nuestros compañeros de mesa nos pidieron que les cuidáramos su sitio mientras iban a bailar. Todavía se corría el riesgo de que los frescolines que nunca faltan le usurparan a uno la mesa, a menos que sobre ésta hubiera vasos. Así se lo hice notar a la pareja.

—Tiene razón —asintió el muchacho, quien, como su chiquilla, estaba disfrazado muy malamente de vaquero—. Llamemos al mozo y pidamos algo.

Tuvimos que esperar un buen rato porque, si bien el Yachting había duplicado el servicio, los mozos se hacían pocos trotando de un lugar a otro, atendiendo los pedidos que se les acumulaban en esos momentos iniciales de mayor requerimiento. Por fin uno se acercó.

—Dos gin con gin —dijo el vaquero.

—No, yo quiero cuba libre —corrigió ella.

Le pregunté a Francisca lo que deseaba.

—Algo sin alcohol.

—Las gaseosas y los jugos valen igual que los tragos combinados, señorita —informó el mozo—. No importa lo que tome, igual está pagando el cubierto, doscientos por nuquita.

—Algo sin alcohol —repitió ella.

—Traiganos una primavera y una piscola; ¿está bien, Francisca?

—Sí, sí.

—Podrían sacarse los antifaces —opinó el vaquero—; si no, se van a acalorar demasiado.

No le hicimos caso.

—Su disfraz es maravilloso —dijo la vaquera. Sin ser bonita, tenía una cara de facciones menudas, graciosas.

—No es disfraz —contestó Francisca.

La pareja optó en adelante por hablarnos el mínimo.

Ahora las mesas estaban todas ocupadas y seguía llegando gente, ubicándose en los bancos del patio y del jardín. También los semimuros de la terraza se vieron abarcados, mientras en la barra del bar se apiñó un tumulto tan crecido que había que hacer allí los pedidos a grito pelado.

De pronto una agitación contagiosa recorrió a la multitud. Un Buick y un Oldsmobile, coludos y descapotados, se estacionaron frente a la reja. Hacían su entrada las cinco finalistas, rodeadas de sus padrinos, de entre los cuales saldría el rey feo. Se dirigieron hacia el salón donde les estaba reservada una larga mesa adornada con muchos ramos de flores. Entre aplausos y vítores los presentes abrieron paso a las finalistas. La orquesta cesó y subió al estrado el maestro de ceremonias para dar lugar de inmediato al cómputo de los votos. Sólo entonces divisé a Jaime y a las hermanas Cordingley; se hallaban al centro de un grupo que se había acercado a la plataforma para observar el recuento. Apenas les distinguí las cabezas y pronto se me perdieron en la masa. Cuando finalmente se dio el nombre de la ganadora, la algarabía se acrecentó; la elegida reina era una muchacha con ojos de uva negra y cuerpo ligeramente entradito en carnes. Estaba muy nerviosa, pero trató de hilar algunas palabras de agradecimiento. El maestro de ceremonias la rescató de la situación anunciando que se reanudaba el baile y que la nueva reina, a quien la soberana del verano anterior acababa de encajarle en la cabeza la corona de fantasía, inauguraría la fiesta con *El Danubio azul* en brazos de su rey feo. Como la orquesta carecía de piano y de violines, puesto que era un precario conjunto rock, y habría perpetrado un desastre de *Danubio* aguiterado y a la batería, se puso el disco.

—*El Danubio Azul* —dijo Francisca— lo tocan cuando yo voy por la cuerda.

—¿Cuál cuerda? —quiso saber la vaquera, sin duda muy intrigada por la frase.

—En la cuerda y también sobre el caballo, también hago equilibrio a caballo, y en dos caballos.

—¿Estará tomando puro jugo esta cabrita? —le preguntó ahora a su compañero la vaquera, en voz baja. Simplemente, no entendía palabra de lo que esa linda muchacha decía y resolvió no hacerle más preguntas.

La reina y el rey, que habían iniciado el baile en el salón, salían girando a la terraza, donde otras parejas les siguieron el ejemplo.

—Alex, quiero bailar, quiero bailar.

Nos levantamos y nos hicimos un espacio en la terraza. No era fácil, el lugar estaba de bote a bote. Francisca era de una liviandad extraordinaria, se dejaba llevar verdaderamente, anticipándose al sentido de mis pasos, el desplazamiento de su cuerpo era un deslizarse suave y alerta.

Terminado el vals la orquesta volvió por sus fueros y, para no contrastar abruptamente, empezó su actuación con piezas románticas. Francisca y yo, en un acuerdo tácito, no regresamos a la mesa sino que iniciamos el baile casi inmóviles, apenas meciéndonos.

—Es *Blue moon* —le dije.

—Es linda —murmuró ella.

La allegué más a mi cuerpo, sentí la complicidad de su abrazo. Estábamos tan juntos que los antifaces de cartón piedra se nos convirtieron en un estorbo; me saqué el mío y lo guardé en un bolsillo mientras ella se subía el suyo dejándolo como un sombrero plano sobre la cabeza. Éramos de un mismo alto, casi. Entonces, ahora sí, su mejilla se apegó a la mía. La tibieza de su piel me colmó de un bienestar intenso. Le besé la frente, los párpados, las mejillas, y sus labios ahí entreabiertos por su sonrisa mansa iban a estar un largo, largo rato, sin separarse de los míos. Deseé que ese bendito *Blue moon* no acabara

jamás. Pero su tiempo, para mí tan perceptible como gotas de agua, transcurrió. Después de una pausa, la orquesta continuó con *Night and day*. Francisca apoyó su cabecita en mi hombro y me miró a los ojos, luego atrajo hasta su boca la mano mía que enlazaba la suya contra mi pecho y la besó.

—Francisca...

—¿Sí?

—Yo te quiero.

—Dímelo otra vez.

—Francisca, yo te amo.

Escondió la cara bajando la cabeza y yo intuí que podía estar llorando. La tomé suavemente del mentón y le alcé el rostro; las delgadas huellas húmedas no alcanzaron a llegarle a los labios, porque se las enjuagué.

—No quiero irme, Alex, no quiero que te vayas, no quiero dejar de verte.

—Sí, Francisca, sí.

—Dime que no me vas a dejar, dímelo.

Se lo dije, lento, al oído. Y supe que *tenía* que hacer algo para convertir esa promesa en una realidad. Sentí la fuerza invisible, pero a la vez tan categóricamente sólida, del amor; advertí el asombroso imán del vínculo y la servidumbre de mi voluntad me estremeció. El sentimiento que empezara a insinuarse la primera vez que la viera en la lancha era ahora tiránico, tenía todo el poder sobre mí, y yo deseaba la continuidad de ese sometimiento. Percibí que la tranquila placidez de mi condición de muchacho veraneante, para quien todo se había venido dando hasta entonces de modo previsible y seguro, llegaba a su término. Hasta hacía poco las inquietudes que desasosegaban mi espíritu eran de índole reflexivo, especulaciones, ideas ariscas cuando más, rebeldías que se expresaban dando tumbos en el interior de la mente, suscitando algunas lecturas, alimentando algunas discusiones. Pero una paz y

una armonía ciertas funcionaban como un cimiento, y era ese soporte que siempre había estado ahí y que parecía inamovible el que ahora acusaba una erosión tan desconocida. Se me hizo claro que ante mí emergía algo que me resultaba ineludible. Yo era responsable de ese algo y en él se concentraba una plenitud que me cogía del alma y del cuerpo...

—¡Pero qué par de tortolitos tan acaramelados!

Era la voz de Jaime. Ahí, al lado nuestro, sonreía bailando con Patricia, y un poco más atrás Marion y su pareja se nos acercaban al lento paso de la música. A mí y a Francisca la interrupción de Jaime nos sacudió por igual de nuestro ensimismamiento.

—Oye, hombre, vamos a tomar un trago al bar, o mejor invítanos a tu mesa.

—Sí, Alex, haznos un huequito —se sumó Patricia.

—Preséntanos a tu chiquilla, Alex. —Marion me hablaba así, con franca amistad.

Las dos parejas habían dejado de bailar y estaban inmóviles junto a nosotros, a la espera de mi reacción.

—Sí, sí, preséntala —pidió también Patricia.

Marion y Patricia se veían bellísimas con sus vestidos y sombreros sin duda sacados del baúl de su abuela inglesa. Dejé de bailar y Francisca se mantuvo muy apegada a mí, ciñéndome con fuerza por la cintura, donde, además, sentí que me hincaba las uñas, quizá sin darse cuenta. Hice las presentaciones. Francisca los saludó en silencio. Marion se me aproximó y me dijo: “Es muy bonita, Alex, pero de veras que es muy bonita. Te felicito, ahora me explico tu desaparición”. Le agradecí con un gesto cordial.

—Fantástica tu tenida —le dijo Patricia a Francisca—. ¿De dónde sacaste algo tan original y llamativo?

—Del circo —contestó ella.

Las hermanas se echaron a reír, creyendo que se trataba de una broma.

—Ahora que te conocemos —dijo Marion— podemos hacer grupo antes de que este par de tontos se vaya para el norte, y contigo a lo mejor hasta conseguimos que posterguen el viaje o, simplemente, se queden con nosotras, que es lo que deberían hacer si no fueran tan lesos los pobres.

La frase esa era muy larga y Francisca miró a Marion, confundida.

—Bueno, si no vamos a ir a tu mesa, Alex, sigamos bailando —opinó Jaime, obviamente para impulsarme a ir a sentarnos. Pero Marion tomó la cosa de manera muy textual.

—¿Sabes, Alex? —me dijo—, hace tantos días que no te veo ni la punta de la nariz, ¿por qué no bailamos un solo baile que sea?

Al escuchar la invitación, Francisca me murmuró casi al oído:

—La araña.

—Tranquila —le dije.

—No, tú eres mío, yo la araña.

—Francisca, tranquila.

—La muerdo.

—¿Qué pasa? —preguntó Marion. Había alcanzado a oír algo, pero no estaba muy segura de haber entendido bien.

—¿Qué pasa? —repitió.

—Te araña —le espetó Francisca en voz alta.

A pesar de la amenaza y del fulgor de los ojos de Francisca, las hermanas no atinaron a dilucidar si mi acompañante payaseaba o no, y se miraron confundidas. Sus palabras habían sido clarísimas, pero ¿sería posible? Yo mismo estaba sorprendido. Nunca la había visto así; su sonrisa, sin desaparecer, fue fugazmente poseída por un rictus que le infundió una expresión salvaje, casi animal. Me asusté un tanto, pero a la vez sentí que de sus labios

entreabiertos emanaba una sensualidad primitiva que, sobre lo embarazoso de la situación, me rendía aún más a ella. Jaime se dio cuenta de que la cosa estaba por ponerse color de hormiga. En verdad, en cualquier instante Francisca podía alzar la mano y marcarle la cara a Marion e, inclusive, saltarle encima y darle un tarascón.

–Bueno, bueno, chiquillas –dijo Jaime–, aprovechemos de bailar este rock. ¡Ahora sí que la música se pone buena!

Las hermanas Cordingley acogieron su iniciativa con gran alivio. Marion alcanzó a dedicarme una mirada de estupor.

Mis amigos estaban ahora enterados de que algo raro acontecía con Francisca y no iban a insistir esa noche en alternar con nosotros. Esto, por una parte, me alegró, pues me liberaba circunstancialmente, mientras por otra me apenó porque el manto de misterio con que yo había mantenido velada a Francisca del conocimiento de mis amigos se había rasgado de un modo que, si bien no era el peor, estaba lejos de ser el mejor. Sin embargo, y esto no lo aprecié de inmediato, el incidente me ayudaría muy pronto a abrirme ante Jaime, a plantearle lo que yo venía viviendo y, también, finalmente, a pedirle ayuda.

La orquesta interpretaba *Rock around the clock*, pero a mí y a Francisca nos importó un cuete el ritmo; simplemente, seguimos bailando como si estuvieran tocando el más meloso de los blues.

–Te portaste un poquito mal –le dije con suavidad.

–No la toqué.

–¡Ah, sí! Eso estuvo muy bien.

–Alex, ¿qué vamos a hacer...?

–Voy a irme contigo.

–¿En el circo?

–O detrás de ti... del circo.

–¿Cómo?

–Como sea.

–Podrás, ¿verdad?

–Sí. Bueno, necesitaré algún dinero, pero no te preocupes, lo pediré, lo conseguiré.

Entonces Francisca se desprendió de mí como impulsada por un empujón.

–Lo conseguiremos al tiro –dijo y, sin esperar, se encaminó muy ligerita hacia la salida. Le di alcance y la tomé de un brazo.

–Un momento, Francisca, ¿adónde vas? Espera, tenemos que pagar...

–No –dijo–, ahorra esa plata.

No pude detenerla. Imaginé la cara que iban a poner los vaqueros cuando el mozo les cargara nuestra cuenta.

–Y bien, ¿adónde vamos, Francisca?

–A los juegos, a buscar plata.

–¿Plata en los juegos, Francisca...?

–Sí, en el emboque, ahí vamos a ganar.

Bajamos por la avenida rumbo a la estación, junto a la cual se encontraban los juegos. Del parlante del lugar, que chirriaba como si los discos fueran tocados con clavos en vez de agujas, reconocimos a Lucho Gatica, *Contigo en la distancia*... A pesar del número de veraneantes que a esas horas se hallaba en el Yachting, había aquí mucha gente.

Francisca avanzó decidida hasta llegar a un local en cuyo centro se levantaba una especie de pirámide de botellas; la botella de más arriba, coronando el conjunto, tenía un billete azul de cien pesos sujeto al gollete con un elástico. Era, por cierto, muy difícil, casi imposible, embocarle allí una argolla, de manera que el público, por lo general, ni siquiera perdía un solo tiro en esa ilusión, sino que optaba por calzar en cualesquiera de las otras botellas y ganar así un buen vino y hasta una champaña.

—Compra las argollas, Alex —me pidió Francisca.

La muchacha flaca y hosca que atendía el local recibió mis monedas y me pasó a cambio cuatro argollas, las mismas que le fui entregando a Francisca. Tomó ella la primera y, colocándola entre su pulgar y su índice, bajó la mano para levantarla al punto, extendido y derecho el brazo frente a los ojos; repitió el movimiento, sólo que esta vez, un segundo antes de llegar a la misma altura, dejó libre la argolla, la que después de describir un preciso arco, embocó limpiamente en el gollete de la botella premiada.

Si la belleza de Francisca y su extravagante vestimenta ya habían llamado la atención de no poco público, ahora la curiosidad sobre ella aumentó al comprobar que se acababa de ganar el imposible billete. La flaca del lugar se hizo la impertérrita, como si esa hazaña fuese cosa de cada rato, y tomando la botella premiada se la pasó a Francisca. Ésta desprendió el billete y me lo echó en un bolsillo. Se aprestó a lanzar la segunda argolla, para lo cual tuvo que esperar a que se repusiera sobre la pirámide una botella premiada.

El segundo tiro fue igual que el primero. Y el tercero la argolla calzó impecablemente de nuevo; esta vez la flaca no disimuló su malestar. Se había formado un corro ante el local, que aplaudía con entusiasmo la insólita puntería de Francisca. Después de colocar la cuarta botella, la flaca salió apresuradamente del lugar, para volver al poco acompañada de un hombre bigotudo. Llegaron justo para presenciar la perfección del cuarto tiro de Francisca, y escucharle decirme:

—Cómprame más argollas, Alex.

La flaca se hizo a un lado y el bigotudo se me acercó con la botella y el billete.

—Tome —me dijo—, aquí se acabó el jueguito.

—Quiero más argollas —insistió Francisca.

El hombre se dirigió a mí:

—No habrá más argollas para la señorita, ya se llevan hartos dineros y es suficiente. Usted sabe, señor, que ella es hija de don Juan, el del circo. Ella es una profesional. Si la dejamos seguir nos quiebra el negocio, usted comprende.

Francisca estaba empeñada en continuar, pero logré convencerla de que yo no necesitaba más dinero: ahora las cosas iban a resultarnos como nosotros queríamos.

X LA DECISIÓN Y LA AMENAZA

Aquella noche de la gran velada en el Yachting regresé a casa antes de las once.

La casa estaba a oscuras pero el farol sobre la puerta le iluminaba el frontis, y a los árboles cercanos parecía aumentarles la estatura al destacar los follajes contra un cielo sin luna ni estrellas. Me quedé unos instantes contemplándola antes de entrar.

En dos días más yo no iba a estar allí, y el hecho de ignorar dónde me encontraría me inquietó por primera vez de modo agudo. La estampa de la casa y su silenciosa paz me representaron el mundo invulnerable del hogar. Sentí un escalofrío que no provenía sólo de la intemperie, que no me recorría únicamente el cuerpo. Era el indicio de un miedo que nacía de la incertidumbre ante el cambio radical que se aproximaba; pero no llegó a desalentarme, porque la imagen de Francisca se interpuso con su candor y su brío.

Subí a mi pieza y, una vez entre las sábanas, me puse a recordar las secuencias de ese mes de enero que se iba. A toda, a la entera realidad de ese verano, la transfiguraba Francisca y, entonces, hasta la última brizna de vacilación y acoquinamiento desapareció para dar lugar a un ensueño airoso, irrenunciable.

Todavía estaba disfrutando el vuelo de muchas conjeturas felices, cuando escuché subir a Jaime. Pasó al baño

y al poco entró en la pieza. Encendí la lámpara del velador.

-Ah, estás despierto.

-Necesitaba hablar contigo, Jaime.

-Ya, dale.

-Eh... no es cosa fácil.

-Algo sobre tu chiquilla, supongo.

-Bueno, claro, pero no es tan simple, mira, hay varias cosas.

-Venga la primera, soy todo oídos.

-Mira, no voy a irme contigo a Monte Patria.

Jaime me miró en forma inexpresiva.

-Eso no me sorprende, nadita, Alex, te lo digo. Hasta lo esperaba porque, si estás tan requete enamorado, es lógico que te quedes donde ella esté.

-El caso, Jaime, es que no me voy a quedar en Quintero.

-¿Cómo? ¿Te vas a Santiago?

-No sé adónde iré, pero voy a irme con ella.

-¿Con ella?

-O tras ella.

Jaime, que ya se había puesto el pijama, se sentó en la cama, visiblemente intrigado. Quería decirme algo que no le resultaba fácil, porque arrugó el ceño e hizo tabletear los dedos. Después se decidió:

-Oye, no voy a decirte que estás loco ni nada por el estilo, aunque está clarito que te rayaste el coco, pero mira, hombre, tú sabes, eh... que tu chiquilla es bien rarita, ¿verdad? Perdóname, pero, ¡por la cresta que es rarita!

-Sí, sí, lo sé, Jaime, pero no te preocupes.

-¡Y cómo quieres que no me preocupe con lo que me dices! No soy tu tía abuela, pero, vamos, hombre, ¿es que no te das cuenta? ¿Adónde vas a ir a parar?

-No lo sé. Escúchame, necesito tu ayuda.

-Sabes que la tendrás.

-Sí, claro.

-Y para lo que sea y en lo que pueda, aunque no esté de acuerdo, tú entiendes.

-Escucha: necesito que mi madre aquí y mi padre en Santiago crean que yo me he ido contigo al norte, como todos los años, todo muy normal, ¿comprendes?

-Ya, ya, todito muy normal.

Se echó a reír y me contagió un tanto; eso fue bueno, como que se aireó la cosa, se soltó el nudo para mí.

-¿Y cuándo partimos? -me preguntó.

-Pasado mañana.

-¿Seguro...?

-Casi seguro.

-Está bien, cuenta conmigo.

-Gracias, Jaime.

-No seas imbécil.

Se metió en la cama. Yo apagué la luz.

-Oye, Alex.

-¿Sí?

-Me quedan algunos pesos, son pocazos, por si los necesitas, te digo no más.

-No, hombre, gané una buena suma esta noche.

-¿Cómo dices...?

-Que gané, en los juegos, al emboque de la botella con billete, tú sabes.

-¿Y le apuntaste?

-Cuatro veces seguidas.

-Oye, córtala.

-Bueno, no fui yo, fue ella.

-Paso. Sin comentarios.

Al rato, cuando estaba a punto de quedarme dormido, oí que Jaime me hablaba:

-Alex.

-¿Sí?

-Quiero que sepas que la encuentro muy, pero muy linda. Y eso no es todo.

-Dime.

-Me gusta lo que vas a hacer... Bueno, no sé qué diablos vas a hacer, pero me gusta. ¿Sabes por qué?

-No.

-Porque es una aventura. Buena suerte.

-Gracias.

-¡Dale el tonto con las gracias otra vez!

Las cosas iban a precipitarse ahora.

Al día siguiente se desató el cauce de una manera, al cabo, hartamente imprevista.

La mañana fue calma al menos en apariencia; fuimos, como de costumbre, con Francisca a la caleta. La inminencia del tiempo venidero me tenía íntimamente muy nervioso, pero supe disimular mi estado y Francisca pudo demostrarse cariñosa y juguetona.

En la tarde, antes de llegar a su casa, algo me anticipó el inicio de la situación; junto a la verja había un viejo vehículo totalmente pintarrajeado a brochazos de múltiples colores. En la comba frontal de la cabina leí: Circo Metrogoldin.

Abrió la puerta el primo. Pájaro de mal agüero, me dije para mis adentros; el muchacho me hizo pasar, saludándome apenas con un movimiento de cabeza.

-Siéntese usted.

Así lo hice.

Desde el interior de uno de los dormitorios de la casa me llegó la marea abrupta de voces altisonantes, propia de un altercado.

-Bueno la ha hecho usted -me dijo el primo, que se había sentado frente a mí y me miraba con abierta animadversión.

-No sé de qué está hablando.

-¡Ah, ya! Lo sabrá pronto, no se apure.

Las voces habían bajado el tono. La de Francisca era audible ahora; estaba llorando y hablaba a la vez, pero tenían la puerta cerrada y no me era posible entender nada. Sus gemidos balbuceantes continuaron por espacio de algunos segundos que me pesaron como horas. Es tan desgarrador cuando alguien habla llorando, y tratándose de ella, la cosa era para mí una tortura.

De pronto se abrió la puerta y salió la señora. No me había sentido llegar y entonces, al verme, se quedó unos momentos dudando sobre cómo recibirme, cómo tratarme. Su rostro tenso aflojó al poco su rigidez. Se sentó al lado mío y, después de suspirar muy hondo, me miró fijamente, sin antipatía, y me dijo:

-Podrías haber hecho las cosas más fáciles para ella y para nosotros también, Alex.

-No la comprendo, no sé a qué se refiere usted, señora.

-Es que no había que haberlos dejado; desde un principio lo dije -intervino el primo.

-Cállate tú -lo paró la señora-, cuando necesite tu opinión, te la pediré.

Se dirigió de nuevo a mí:

-Le has dicho a la niña que no dejarás de verla, ¿es así?

-Sí, señora.

-¿Y por qué le diste una promesa que no vas a cumplir, que no puedes cumplir? Le haces daño; tú sabías que ella partiría con su padre de un momento a otro; la has llenado de esperanza, y sufre.

-Pero...

-Por favor, Alex, tú sabes cómo es la niña, si le dijeras que vas a traerle la luna, te creería, ¿entiendes?

-La promesa que le hice yo la voy a cumplir, señora.

Se inclinó hacia mí, escrutándome, y vio que le hablaba en serio.

—Vamos, Alex, mantengamos la conversación en un plano de sensatez; no se trata de decir cualquier cosa.

—Despáchelo mejor, ¿para qué pierde el tiempo con él? —intercaló el primo.

—Si no puedes quedarte callado, ándate —le contestó la señora.

—Sí —afirmó el primo—, sí, me voy al camión, pero sepa que yo desde el principio le dije al tío que no era cosa de permitir este jueguito así no más. Por último, más culpa que este pije la tienen ustedes. Perdóneme, que ya me voy.

Cuando el primo cerró la puerta tras de sí, la señora volvió al punto:

—¿Cómo es esto de que vas a cumplir? ¿Cumplir qué?

—Voy a ir siguiendo al circo.

—Podemos impedirte eso. Pero vamos por parte: ¿están tus padres al tanto de lo que se te ha metido en la cabeza?

—No.

—¿Y se lo dirías, te atreverías a confiarles semejante proyecto?

—No es el punto, señora.

—También lo es, Alex.

Suspiró otra vez muy hondo y me dijo muy suavemente:

—He tenido tanta confianza en ti, Alex, no me defraudes ahora. Tú sabes que esto no puede ni debe continuar, tú lo sabes perfectamente.

—No puedo, señora, no puedo...

—No pensarás lo mismo después de algunos días, te lo aseguro.

—Se equivoca, señora.

—Oh, no, el equivocado eres tú.

En ese momento salió Francisca del dormitorio. Dio un gritito de alegría y vino a acurrucarse a mi lado.

—Son malos —me dijo con la voz quebrada—. Son malos.

Tenía los ojos hinchados y me miraba con súplica. Su padre apareció.

—¡Qué tal, muchacho! —No había un ápice de recelo en la expresión de su rostro, ni una leve, sagaz sutileza en su voz.

—Está resuelto, porfiadamente empedernido —le informó la señora.

—¿De veras, muchacho?

—Sí, señor.

—Vaya, vaya, en fin, qué le vamos a hacer.

La señora le clavó una mirada adusta:

—No será todo lo que se te ocurre decir, Juan, por favor.

—Pues la verdad es que sí se me ocurre algo, ven.

Con un gesto invitó a su mujer al dormitorio. La señora se puso de pie con notorio malestar y lo siguió. Cerraron la puerta. Francisca y yo, tomados de la mano, escuchamos sus voces, destempladas primero, mas no tardaron en irse aquietando hasta tornarse inaudibles.

Cuando regresaron a la sala, él me habló:

—Y bien, muchacho, tenemos el circo en la playa de Concón. Te esperamos allí mañana por la tarde; he decidido integrarte en nuestra gira. No te diré nada más por ahora, porque ya te darás cuenta.

Me sentí henchido. Francisca se puso a dar saltitos. La señora asentía y advertí en su rostro una extraña sonrisa reflexiva.

—Tal vez sea mejor así —dijo.

—Puedes irte tranquilo, y hasta mañana —me invitaba el padre a dejarlos solos en familia. Francisca me dio un beso y me acompañó hasta la puerta.

En la verja me topé con el primo, quien se había bajado del camión al verme salir. Sin duda quería el encuentro.

—Espero no verte ni en misa, jamás —me dijo.

Su odio me provocó:

—Me verás mañana y todos los días en el circo, y quién sabe hasta cuándo.

No pareció sorprenderse demasiado. O disimulaba.

—Conque esas tenemos, con que ésa es la solución que le dieron al asunto; pues, escúchame, escúchame bien; yo sé hasta cuándo vas a estar tú en el circo, sí, hasta que le venga el ataque, ¿entiendes?, el *ataque*.

HACIA FRANCISCA EN EL CIRCO

Al otro día, después de almuerzo, partimos con Jaime en el bus. Yo me bajaría en Concón mientras él continuaba a Santiago para pasar allí la noche y viajar al día siguiente al norte. Mi amigo me aseguró que en Santiago actuaría con la mayor cautela. En el hecho, el riesgo se presentaba en aquella única noche; mi padre, al ver que yo no llegaba a mi casa, podría querer, cuanto menos, hablar conmigo por teléfono para tener noticias de mi madre y también para entregarme, de paso, algún dinero. Decidimos con Jaime que lo más apropiado era que él desconectara su teléfono tan pronto llegase a su casa. Aun así existía la posibilidad de que mi padre resolviera hacerse presente, pero esto no era muy probable, porque él ignoraba la fecha exacta en que yo pasaría por Santiago. Lo que sí tenía yo por seguro era que, antes de un par de semanas, como máximo, mi padre se pondría en contacto para tener noticias y ahí mi ausencia iba a quedar al descubierto.

—Se va a desesperar —me dijo Jaime— y yo voy a recibir el bolo de nieve en Monte Patria.

—No sé —le contesté, sabiendo que sí, que las cosas serían tal cual él las presumía.

Intercambiamos algunas ideas para dar con una solución, pero no encontramos ninguna.

—No te preocupes —le dije—, para entonces algo se me tiene que ocurrir.

—¡Ah, ya! Con eso me quedo muy tranquilo. ¿Qué te parece si le digo que su hijo anda por los pueblos trabajando de tony? Qué cómico lo hallaría, ¿no?

—Mi padre es muy comprensivo y...

—¡Vaya, cómo va a necesitar serlo ahora! ¡Ya te quiero ver!

A medida que nos aproximábamos al balneario de Concón empecé a sentir un desasosiego creciente. Jaime se dio cuenta y me prestó ánimo con su sentido del humor.

Cuando el bus entró en la balsa que nos trasladaba al otro lado del río Aconcagua, divisamos el circo. Lo habían levantado muy cerca de la ribera, en un sector popular que venía a continuación de las residencias del balneario.

—Te llegó la hora, cabrito.

Asentí.

—Todavía te puedes arrepentir, Alex.

—No, me quedo aquí.

Jaime me miró sonriendo:

—Como diría mi abuelita: no lo veo muy alentadito, mijito.

—¿Sabes una cosa, Jaime?

—Di no más.

—Me siento como la primera vez que fui a clases, como el primer día de colegio, guardando las diferencias.

—Sí, más vale que guardemos esas diferencias; mira que no me imagino respondiéndole a tu padre: ¿Sabe, don Pablo? Fíjese que Alex se quedó por ahí, en un kinder.

Jaime soltó la carcajada y me contagió, sacudiéndome un tanto el nerviosismo.

La balsa atracó y, una vez que el bus estuvo en tierra firme, los pasajeros, que para disfrutar del paisaje se habían bajado, volvieron a abordarlo.

Antes de subir, Jaime me dijo:

—Te voy a decir qué es lo que más me gusta de tu aventura.

—Sí, dime.

—Que tu chiquilla te haya puesto el mundo tan pero tan patas p'arriba. Buena suerte, hombre.

Y ahí iba yo, a paso lento con mi pesada maleta.

Cercanas a la carpa había dos tiendas y, algo más allá, un par de camiones; a uno lo reconocí como aquel en que su padre fue a buscar a Francisca a Quintero; el otro se le asemejaba por lo viejo e igualmente pintarrajeado. En sus bandejones de carga habían acondicionado lonas a modo de techo, de manera que los utilizaban también como habitaciones. Entre las tiendas y en torno a una mesa rectangular muy larga se notaba el ajetreo de varias personas, en particular mujeres. Vi un par de niños; el más chico, un rubio pajizo, fue el primero en advertir mi presencia. Se vino corriendo hacia mí y se detuvo a un paso de distancia.

—¡Hola! —dijo—. Tú eres el amigo de la Chisca, ¿no?

Esa espontaneidad del niño me puso al tanto de que para nadie allí sería una sorpresa mi aparición. En efecto, al poco rato era saludado con cordial naturalidad por hombres y mujeres, con la sola excepción del primo, que se limitó a alzar una ceja.

El padre de Francisca salió de una de las tiendas y se allegó a la mesa con esa parsimonia que no parecía abandonarlo nunca.

—Qué tal, muchacho. A ver, lo primero es lo primero, te voy a presentar a la familia.

Los fue nombrando uno por uno y cada cual me dedicaba una inclinación de cabeza. Por la reiteración de los apellidos me di cuenta de que ésa era realmente una fa-

milia; mejor dicho, un grupo familiar con dos entronques: uno integrado por parientes de la madre de Francisca y otro al que pertenecían personas ligadas consanguíneamente a su padre. Las edades oscilaban de los veinte a los cuarenta y algo más. El padre de Francisca, a quien todos trataban con respeto de "don Juan", era el mayor. Como habría de constatarlo en los días por venir, esa gente estaba unida por un vínculo en que se combinaban el afecto y el oficio de una manera sólidamente armoniosa. Las diferencias que emergían entre ellos eran resueltas por un imperio de jerarquía implícito, que impedía la consolidación de desavenencias serias o duraderas. No obstante el preciosismo de sus disciplinas, había algo de primitivo en su forma de trabajar, divertirse y amar. Esa gente *convivía*. Supieron siempre que yo no iba a ser uno de ellos, pero aparentaron el ensamble y me hicieron más llevadera mi extraña circunstancia. Muy probablemente, algunos de ellos, los menos, no estaban de acuerdo con la forma en que los padres de Francisca habían encarado la entera situación, pero no me lo enrostraron ni con un matiz, salvo, por cierto, el primo.

—Aquí todos tienen que pagar su porotada, muchacho; así es la cosa porque en el circo la olla la paramos entre todos.

—Sí, sí, señor.

—Sí, sí, dices, a ver cómo te las arreglas en el quiosco. Eso es, ahí estará tu tarea, para empezar.

—¿El quiosco?

—Sí, muchacho, tenemos uno adentro de la carpa y a ti te va a tocar atenderlo, vender durante la función y los intermedios bebidas, helados, café, barquillos. ¿Qué te va pareciendo?

—Está bien.

—Y por la noche vas a dormir en el mismo quiosco, es abrigado, harto aserrín en el piso.

—¡Alex, Alex!

Era ella. Francisca bajaba de la tienda armada en uno de los camiones y venía hacia mí, radiante con su sonrisa que me calmó, me inundó y me dispuso.

con absoluto predominio del negro o, por el contrario, de iridiscente casaca de terciopelo, camisa de seda y pantalón de fantasía. Cuando los artistas se topaban al otro extremo de la pista, la música enmudecía y el padre de Francisca saludaba al público dándole la bienvenida y nombrando a los payasos, quienes al escuchar sus motes brincaban haciendo piruetas. Al término de sus palabras se ponía otra vez la música y Francisca, pasito a paso, cruzaba airosa la pista hasta enfrentar a los artistas en el otro extremo; ahí se daba la media vuelta y encabezaba la marcha de salida. Se sucedían después los varios números, los aéreos de trapecio sencillo y doble, los payasos, el mago, los acróbatas, los de fuerza capilar y dental, los *dandies* acrobáticos, y así. Fuera de su garbosa aparición inaugural, Francisca actuaba en dos ocasiones. Primeramente, subía por una estrecha escalerilla hasta una de las dos más altas plataformas que también ocupaban en sus números los trapecistas y que ahora se hallarían unidas por el delgado puente de alambre; sobre su cabeza se mecían la tela y sus relingas, de hecho al alcance de su brazo estirado, de manera que su actuación se realizaba en el espacio cónico de la carpa más arriba del ruedo. Francisca hacía desde allí el tradicional saludo de artista circense, con un brazo y luego el otro, en ese gesto de ofrenda y llamando la atención con las palmas abiertas al cielo. Tomaba enseguida la vara metálica que le servía de balancín y sólo entonces se oía *El Danubio azul*. Un paso, y ya estaba con un pie sobre el alambre y, a continuación, junto con situar el balancín horizontal respecto de su cuerpo, acometía el paso que la dejaría del todo sobre la cuerda. Acogiendo la cadencia del vals, Francisca avanzaba. Las miradas del público, cabeza alzada, no se le despegaban, asombradas del aplomo que ella iba adquiriendo hasta que, ya, de un saltito estaba ahora sobre la otra plataforma. Ahí volvía a saludar y se disponía al regreso, y entonces, justo en la mitad de su precaria senda, Francisca se detenía y em-

pezaba a columpiarse. Su figura se veía arriba, abajo; arriba, abajo... hasta el punto en que el alambre parecía adquirir una elástica consistencia que hacía posible esa oscilación. Y, de pronto, dejando a medio mundo con el corazón en la boca, Francisca simulaba perder pie y, en efecto, ¡qué resbalón! ¡Oh, caía, caía! Pero ¡ah!, ahí el balancín daba en cruz contra la cuerda y de ese encuentro nacía un impulso que propulsaba a Francisca aladadamente hacia arriba, hasta que sus pies, ¡ah!, de nuevo posados sobre el alambre, nos devolvían el alma al cuerpo. El público rompía en aplausos y ella, ligerita, de un santiamén se allegaba a la plataforma desde la que volvía a saludar. En ese momento se soltaría el moño, y así vendría escalerilla abajo con la cabellera derramada y su carita llena de júbilo hasta el centro de la pista donde, ahora sí, de veras, se despedía enfrentando en giro a todo el público. Pero ése no era su número culminante; éste venía mucho después, al final, y con él se cerraba el espectáculo. Era breve y muy riesgoso. El trepe. Francisca aparecía con su malla y su capa; dejaba esta última abajo y ascendía nuevamente por la escalerilla. Pero ahora la cuerda, que antes cruzaba de plataforma a plataforma, discurría desde una de éstas en tenso trazo diagonal hasta anudarse en un gancho enterrado a un metro del borde de la pista. Por ese alambre en tan pronunciado ángulo iba a deslizarse Francisca desde la altura. Cuando estaba a punto de iniciar el descenso, se oía el redoble de un tambor, único instrumento que quedaba de la orquesta de otrora, y que también servía en los momentos cruciales de los saltos mortales de los trapecistas. No dejaría de oírse hasta que ella aterrizara sobre el apisonado de aserrín. Después de abandonar en el preciso segundo el riel por donde venía a gran velocidad y en creciente aceleración, Francisca, ante un público de pie que celebraba a gritos su proeza, recogía su capa y se retiraba haciendo venias hasta desaparecer tras el cortinaje de la entrada.

En cuanto a mis tareas en el circo, no se limitaron a la atención de quioscos. La naturaleza de la vida circense, me refiero al trabajo y a la convivencia solidaria, obligaba a que todos se prodigarán, estando siempre dispuestos a colaborar en las múltiples cosas que había que hacer y que nunca dejaban de aparecer de la mañana a la noche. Sería tedioso que diera cuenta detallada de esta materia y claro está que no lo haré, pero no puedo dejar de mencionar el rudo trabajo que significaba levantar la carpa y los traslados del circo. Tuve que estar, como todos, también un tanto en todo. Recosiendo las relingas y retenidas a la tela, parchando, ya que esos remiendos no eran cosa sólo de mujeres, enterrando los parales para el dintorno de los ruedos, anudando cuerdas a lo marino, asentando las graderías en las escuadras... Y eso que el Metrogoldin era un circo pequeño, de un par de mástiles, alrededor de veinte artistas y para un público no mayor de ochocientas personas. En menos de un día levantábamos la carpa y antes de tres ya la estábamos desarmando, y cargando los camiones para el traslado a otro pueblo, a otro balneario. Íbamos hacia el sur.

—Porque al norte —me decía don Juan— las ciudades se distancian más y hay menos habitantes.

—Pero en invierno... —comenzaba a objetarle yo, conociendo el rigor de las lluvias australes.

—Ah, no, muchacho, nosotros somos perros de aguas, no hay temporal que asuste a un circo, ya verás.

Pero yo no iba a llegar muy al sur, ni siquiera a su portal del río Biobío.

En esos días Francisca y yo estábamos juntos mucho, muchísimo menos de lo que hubiéramos deseado. Esa existencia circense en la que me había metido me suministraba un cansancio tal que, terminada la función de la noche,

apenas me podía los párpados y mi mente era presa de una fatiga que no perdonaba espacio. Nuestra posibilidad de compartir algún tiempo a solas se presentaba a altas horas de la noche y también al amanecer, principalmente al amanecer. Debo admitir, sí, que en el transcurso del día teníamos ciertos momentos en que nos arrinconábamos por ahí y por allá para hacernos cariño y, a veces, hasta tiempo suficiente para dar una vuelta por el pueblo próximo al circo. Y también es verdad que durante las funciones estábamos pendientes uno del otro, dedicándonos miradas y gestos que eran el lenguaje del que nos alimentábamos.

Pero era en la madrugada cuando yo tenía a Francisca, cuando yo la esperaba. Entonces podíamos pertenecernos uno al otro. Dije que la esperaba, pero no es propiamente así, porque yo dormía y salía del sueño por el contacto de la mano de Francisca, por el roce de sus labios. Escuchaba luego su voz murmurosa hablándome en chiquitito, y esas susurrantes frases suyas eran el amor. Ese era el bendito despertar mío.

En las sonrisas que nos intercambiábamos durante el día y a la distancia, y en todos los otros gestos de complicidad, persistía, habitándolos, el recuerdo del amanecer de cada uno de esos días.

De aquellos pocos días que, de pronto, llegaron a su fin.

XIII CAE EL TELÓN

El tercer sábado de ese mes de febrero acabábamos de levantar la carpa en un sitio aledaño al balneario de Iloca. Llegamos allí cerca de las dos de la tarde, con un cansancio enorme porque habíamos desmantelado el circo esa misma madrugada antes de que aclarara. A esto se sumó un viaje que, aunque breve, nos agobió sobremanera, pues una onda de calor se desató abarcando la zona como un manto sofocante.

Ahora estábamos a la mesa en campo abierto, recibiendo una tenue brisa crepuscular. Oscurecía ya. Nadie hablaba mucho, terminábamos una merienda para luego irnos a dormir. Entonces ocurrió.

Francisca estaba sentada a mi lado. De pronto sentí que me tomaba fuertemente de un brazo; crispado el puño, sus uñas se hincaron en mi carne. Me volví a ella y la vi inclinarse sobre la mesa y a la vez noté que se había puesto a temblar entera; su cuerpo era sacudido por convulsiones violentas. Alcanzó a pronunciar mi nombre dos veces, claramente; luego su voz se convirtió en un sonido ronco que se extinguió. Su frente había dado contra la mesa; la abracé por la cintura tratando de alzarla y volverla a su postura original, pero su padre me lo impidió.

—¡Déjala tal cual, Alex, no la toques! ¡Sólo evita que se caiga al suelo!

Don Juan venía hacia nosotros desde la cabecera y ya estaba junto a su hija.

—¡Traigan un chal, rápido! Alex, ayúdame a recostarla sobre la mesa.

Entre los dos la levantamos. No cesaba de temblar, su cuerpo se mantenía encogido y le castañeteaban los dientes; su padre le introdujo un pañuelo en la boca. Los ojos de Francisca miraban sin ver y se pronunciaban desde su órbita, desmesuradamente. Transpiraba de modo copioso, tan copioso que se le veía empapada hasta la blusa y húmeda la piel de los brazos y el rostro.

—Preparen un par de bolsas de agua caliente —pidió don Juan mientras recibía una manta y cubría con ella a Francisca—; le va a bajar un frío intenso —me informó.

Yo le ayudé a abrigoarla y, al tomarle una mano para guiársela bajo la manta, la noté tan helada que me recorrió un escalofrío. De súbito dejó de tiritar y se apoderó de ella una laxitud total; su rostro, que sólo durante esos minutos había perdido su sonrisa, la recuperó ahora. Con mi pañuelo le limpié una salivación de los labios. Miré al padre de Francisca y él percibió mi interrogante.

—Es el ataque que le ha venido —dijo—, ya te explicaré; ahora ayúdame a llevarla a la tienda.

Otros dos circenses se nos unieron para trasladarla hasta su cama. Una parienta de su madre, que era artista en malabares y que se demostraba siempre particularmente cariñosa con ella, se sentó en la única silleta, dispuesta a quedarse ahí para cuidarla.

—Yo también me quedaré —dije, ubicándome a los pies de la cama.

—No —dijo el padre.

—Sí —le repliqué—, quiero pasar la noche aquí.

—No, muchacho, ven conmigo, tú y yo tenemos que conversar.

—No hay apuro, señor —objeté.

—Sí lo hay, Alex, haz el favor de seguirme.

La parienta aquella movió la cabeza en gesto de afirmación, mirándome significativamente, reforzando así la resolución del padre de Francisca.

Salí detrás suyo. Caminó hacia la carpa y entró en ella. Me esperaba sentado en la gradería; al paso había encendido un foco del mástil, que nos dio directo a la cara. Me paré frente a él. Entonces dijo:

—Ahora, muchacho, debes irte.

Me miraba con una seriedad llena.

—¿Cómo dice...?

—Que debes irte, Alex.

—No, por supuesto que no, menos que nunca me iría ahora.

—Tienes que irte, escucha: ella no te reconocerá cuando vuelva en sí. ¿Entiendes?

—No entiendo, no le creo...

—Mira, escúchame y no me interrumpas: todos sabemos aquí que después de un ataque pierde la memoria, todos pueden confirmártelo. Debes entender que no permitiré que la veas cuando despierte. Esto se acabó, es simplemente así y no hay nada que podamos hacer. Sí... ¡no me interrumpas! Si te dejé venir con nosotros fue porque sabía que esto no tardaría en ocurrirle...

—¿Por qué no me lo dijo en Quintero, si era cierto...?

—Porque no me lo habrías creído. Mira, ella olvida, después del ataque, a las personas y los hechos recientes, quiero decir de los últimos meses. Si te encontrara al despertar, no te reconocería. Sólo a veces, y esto es impredecible, algunos nombres pueden removerle vagamente la memoria, y la dañan. Pero ella no escuchará más tu nombre, porque tú no estarás aquí cuando despierte.

—A mí no me olvidará...

—Te olvidará. Será como si no hubieses existido, como si nunca te hubiera conocido.

—Pero, señor, si se equivocara usted, si por una sola vez no fuera así...

—Entonces, muchacho, puedes contar con mi promesa de que te lo haré saber. Pero pierde esa esperanza, es absolutamente vana.

Me ofreció su mano abierta. Se la estreché.

—Tienes que apurarte, muchacho, ¿eh...? Mucho me gustaría escuchar que has comprendido.

—Haré mi maleta —le dije, y agregué—: ¿Puedo verla antes de partir?

Asintió con un gesto triste que, sin embargo, se parecía a una sonrisa.

Cuando entré a la tienda, Francisca seguía durmiendo apaciblemente. Me acerqué a ella y me hincé para no alterar la inmovilidad de su cama. Quise tomarle una mano, pero me arrepentí antes de tocarla.

Aproximé mi cara a la suya hasta percibir el calor de su respiración. Eso fue todo.

No iba a verla nunca más.

Pero volví a verla una vez más.

Habían transcurrido años.

Una tarde mis hijos Luz y Pablo me pidieron que los llevara a un circo que apareció como sólo lo hacen los circos, de la noche a la mañana. Estaba ahí en un sitio vasto, abierto y plano del área precordillerana recién urbanizada donde vivíamos. Ellos lo vieron al regresar del colegio y yo lo divisé desde mi automóvil, al volver del consultorio.

Yo no había querido nunca más acercarme a circo alguno, aunque debo admitir que en un sentido esto no es cierto. Fueron muchísimas las ocasiones en que quise —y cómo lo quise!— entrar a un circo. Pero, a la vez no. Acaso la mejor manera de decirlo es que pude evitarlo, que fui capaz de vencer el poderoso impulso. Sí, ésa es la verdad.

Debo también confesar ahora que el sentimiento que Francisca fecundó en mí ese verano subsistió por un largo, largo tiempo con la misma tenacidad de su singular naturaleza. Iba a costarme mucho reintegrarme a la normalidad. Todo aquel año lo viví a medias; yo no estaba entero en nada ni con nadie. Saqué adelante ése mi último año de colegio, quizá tan sólo porque el estudio, aumentado por la preparación del bachillerato, me proporcionó un alto grado de enajenación.

Quando llegó otra vez el verano me negué a ir a Quintero. No habría podido soportarlo. Nos fuimos con Jaime durante enero y febrero a su tierra nortina de Monte Patria. Al regresar entré a la universidad.

A fines de marzo llegó a mi casa y a mi nombre una encomienda; era una espada de albacora con empuñadura de cacho de buey, bellamente labrada. Habían transcurrido doce meses desde que yo dejara a Francisca dormida en su tienda del circo aquella noche... y me temblaron las manos cuando coloqué la espada en un alto anaquel de mi estante.

Después las exigencias tan severas del primer año de universidad lograron concentrarme en el estudio que, nuevamente, me ayudó. Pero ahí seguía estando yo, al borde de los veinte, aún tan profundamente alterado. Ya no era yo un adolescente, sin embargo... Pero volvamos al reencuentro. Nos sentamos con mis hijos en platea, casi al borde mismo de la pista. Ese circo, a diferencia del Metrogoldin, era de los grandes, de manera que tenía su propia orquesta, la que de pronto irrumpió con los sonos de la marcha *Bandera estriada*.

Era ella. Entró encabezando la fila de artistas. No puedo describir lo que sentí al verla, me resultaría del todo imposible, así pueden ser de portentosamente pobres las palabras ante los sentimientos, así de estériles para reproducir, a veces, algunas veces en la vida, el lenguaje del corazón. Allí iba con su pasito marcial y pimpante, vistosa, guaripola al aire... El espectáculo acaeció para mí de un modo..., ¿de qué modo? La veía, la miraba, la contemplaba, pero no estaba yo allí, o apenas, sí, para responder mecánicamente a mis hijos que, de cuando en cuando, me hacían preguntas o buscaban la empatía de mi reacción. Fuera de un número ecuestre en que Francisca cabalgaba haciendo acrobacias en dos caballos veloces en torno a la pista, se atenía a las actuaciones que yo recordaba de ella

en el Metrogoldin, y desde éstas mi memoria se desataba convocando la evocación de aquel tiempo, de ese año, del verano nuestro. Así, en un estado de ausencia y remembranza que en el fondo me dolía como una respiración que lastima, transcurrió para mí el espectáculo...

Ahora nos íbamos retirando; la gente se apiñaba porque el espacio abierto en el ruedo era demasiado angosto. Inmediatamente después de éste y antes que los grupos se dispersaran, se topaba uno con varios circenses que, al paso, ofrecían a la venta objetos recordatorios. Francisca estaba entre ellos. No habría podido eludirla aunque lo hubiese deseado; la aglomeración nos condujo muy cerca de ella, que se dirigía preferentemente a los padres de familia para que les compraran a los niños unas narizotas de payaso, de Carey rojo.

—Lléveles a los niños, señor, señora, para los regalones. ¡Mire qué divertidas son; a peso no más, a pesito!

Estaba frente a mí. Nada había cambiado en ella. Todos esos años no la habían tocado con marca alguna, no habían dejado una huella siquiera en su rostro, o en su sonrisa la más tenue acentuación de una comisura, o en su talante el mero peso de un dejo. Ahí, aquí, estaba Francisca, la misma de antes, mi Francisca de aquel verano ya tan distante.

—Sí, papá, cómprame una nariz —me pidió Luz.

—Sí, sí, a mí también, yo también —se le unió Pablo.

Quando los niños estaban poniéndose las narices, ajustándose los elásticos, sólo entonces, ella me miró. Me sentí prendido de sus ojos y me quedé inmóvil.

—Ya, papá, vamos...

—Sí, Luz, ya, Pablo, ya vamos.

—Un momento, señor... A usted le digo, por favor, un momento.

Francisca se me había acercado aun más y me tomaba de un brazo, sujetándose.

—¿Sí? —le dije, bajando la vista porque no me atrevía a sostener su mirada, que se había tornado inquisitiva.

—Usted, señor, perdone, pero, ¿cómo se llama usted?

Había una tensión tan contenida en su voz que me cortó el aliento.

—Por favor, ¿cómo se llama usted, señor? —insistió ella.

—¡Ya pues, papá, vámonos!

—Sí, sí, Pablo, ya vamos...

—Por favor, se lo ruego, señor, dígame su nombre...

Como un alumbramiento recordé las palabras que su padre me dijera aquella lejana noche, después del ataque de Francisca: "Sólo a veces algunos nombres pueden removerle la memoria, y la dañan..."

—Pablo —le contesté.

—¿Cómo dice?

—Que me llamo Pablo, igual que mi hijo, señorita.

Qué más puedo agregar ahora.

Sé que el tiempo nunca borra nada, sólo sabe escribir sobre las líneas anteriores otras y otras palabras de la misma biografía, continuando así su única faena, a su modo, pasando.

El recuerdo de Francisca, que llevo entretejido como parte de mi alma, me pone triste a veces. Pero cada vez menos. La añoranza que siento por ella se me transfigura y renace del recinto suyo de mi memoria, cada vez más, como una evocación amorosa y tierna que me hace bien, y que viene y se va, y viene y se va y se va y viene, y viene y se va... y se va y viene...

I. COMPRENSIÓN DE LECTURA

1) *Conteste las siguientes preguntas:*

1. ¿Qué opinión le merece la amistad entre Jaime y Alex? ¿Qué puede decir de ella?
2. ¿Qué le parecen los padres de Francisca? ¿Qué piensa acerca de la manera como enfrentan la relación entre su hija y Alex?
3. Describa brevemente el carácter de Francisca, destacando lo más notable de sus rasgos psicológicos.
4. ¿Qué piensa usted de la decisión de Alex de seguir a Francisca al circo? ¿Qué habría hecho usted en un caso así y por qué?
5. Describa los acontecimientos que condujeron a Alex a abandonar el circo.
6. ¿Qué piensa del encuentro final entre ambos protagonistas? Según usted, ¿fue correcto lo que hizo Alex? Fundamente su respuesta.

2) *Redacte un breve resumen de esta obra.*

3) *Invente un final diferente.*

II. ORTOGRAFÍA

En el párrafo que reproducimos a continuación deben colocarse los acentos gráficos y las letras **b** y **v**, que han sido suprimidos:

Continúe a...anzando con las esperanzas a medio naufragar. Entonces, en cuanto tome la cur...a dejando atrás la dilatada cintura de arena, la ...i. Ante mis ojos se a...ria una ...asta caleta. Y en la zona donde las olas espum...an mansamente sus segundos y terceros lomos, esta ...a ella ...añándose. Me acerque al ...orde de las aguas y me quede mirándola.

III. ANTÓNIMOS

Entre las cinco posibilidades que se indican, ¿cuál es el antónimo que corresponde a la palabra destacada en negritas?

- Un sentimiento de **rebeldía** comenzó a crecer en mí.
a) simpatía c) amor e) resignación.
b) generosidad d) agrado
- Francisca y yo, en un acuerdo **tácito**, iniciamos el baile.
a) abierto c) mudo e) mezquino.
b) secreto d) explícito
- Su sonrisa fue poseída por un rictus **fugaz**.
a) rápido c) lento e) puro.
b) breve d) fuerte

- ... pero te pasas de **esquivo**, hombre.
a) accesible c) áspero e) sencillo.
b) arisco d) huraño
- Me hablaba con **franqueza** y amistad.
a) llaneza c) engaño e) lisura.
b) lealtad d) egoísmo
- Conseguimos que **posterguen** el viaje.
a) atrasen c) anticipen e) prosternen.
b) pospongan d) difieran

IV. SINÓNIMOS

Junto al número de la columna A, indique la letra de la columna B que corresponde al sinónimo de cada palabra:

A	B
1. ___ emerger	a. satisfacer
2. ___ erosionar	b. supeditar
3. ___ suscitar	c. exceder
4. ___ insinuar	d. sugerir
5. ___ tiranizar	e. mermar
6. ___ esquivar	f. advertir
7. ___ colmar	g. provocar
8. ___ percibir	h. eludir

V. TÉRMINO EXCLUIDO

Resuelva los siguientes ejercicios de acuerdo con la técnica del término excluido

- | | | |
|-----------------|----------------|-----------------|
| 1. CONDESCENDER | 2. ABANDONAR | 3. FASCINAR |
| a. agradecer | a. desamparar | a. seducir |
| b. transigir | b. dejar | b. encantar |
| c. consentir | c. descuidar | c. cautivar |
| d. recibir | d. desalentar | d. engañar |
| e. admitir | e. desabrigar | e. deslumbrar |
| 4. EQUIVOCADO | 5. ESTREMECER | 6. APENAR |
| a. errado | a. alterar | a. afligir |
| b. inventado | b. turbar | b. entristecer |
| c. inexacto | c. zarandear | c. abatir |
| d. desacertado | d. conmocionar | d. asustar |
| e. erróneo | e. temblar | e. atribular |
| 7. ASOMBRADO | 8. REGOCIJO | 9. CALMAR |
| a. admirado | a. alegría | a. apaciguar |
| b. alarmado | b. alborozo | b. pacificar |
| c. sorprendido | c. confianza | c. serenar |
| d. extrañado | d. contento | d. tranquilizar |
| e. maravillado | e. gozo | e. aclarar |

SOLUCIONES

III. 1 = e; 2 = d; 3 = c; 4 = a; 5 = c; 6 = c.

IV. 1 = c; 2 = e; 3 = g; 4 = d; 5 = b; 6 = h; 7 = a; 8 = f.

V. 1 = a; 2 = d; 3 = d; 4 = b; 5 = c; 6 = d; 7 = b; 8 = c; 9 = e.



